

EL FASCISMO, LA CRISIS DE LA CONCIENCIA LIBERAL Y LA RECONSTRUCCIÓN DE LA CULTURA BURGUESA EN EUROPA. (ALGUNAS OBSERVACIONES A LA RÉPLICA DE MIGUEL ANGEL DEL ARCO BLANCO).

Ferran Gallego

Universidad Autónoma de Barcelona

El profesor Miguel Angel del Arco ha respondido a mi extenso comentario con la corrección, el respeto personal e incluso una notable generosidad intelectual, que le lleva elogiar mis aportaciones al debate sobre el discurso del fascismo español. Hacerlo cuando se discrepa muestra cortesía, pero sobre todo la comprensión de lo que debe ser la discusión científica. No demasiado habituales en nuestros medios académicos –en especial en el formato que permite una página como la del SdIF–, estas formas de discusión son una rigurosa y exigente clarificación de nuestras investigaciones, un diálogo en el que la cortesía nunca implica el desarme crítico y en el que la severidad del argumento nunca puede identificarse con la desautorización profesional. Este debate no es una competición, sino la puesta a prueba de nuestras hipótesis, la medición a las objeciones argumentadas y la calibración de su solvencia. Debería ser, también, el lugar idóneo para expresar nuestras dudas, nuestra necesidad de actualizar posiciones tomadas y que pueden haberse modificado como producto de los avances de la historiografía. Que en el seminario trabajemos personas con perspectivas plurales, con conocimientos diversos sobre experiencias nacionales distintas, con mayor atención a asuntos de orden ideológico, político, social o cultural, con interés en uno u otro aspecto del fascismo; y que el debate se produzca entre personas comprometidas con un proyecto de trabajo con un objetivo claro y con voluntad de continuidad, da sentido a las intenciones fundacionales de este ámbito, cuyo propósito fue la coordinación de esfuerzos, el mutuo reconocimiento y, también, la solicitud de un apoyo crítico a lo que cada uno de nosotros va poniendo sobre la mesa en la labor académica española. El esfuerzo de encontrar un espacio de acuerdo es tan importante como el de la clarificación honesta de los puntos de discrepancia.

Categorías y procesos.

Este es, precisamente, el modo en que el profesor del Arco ha organizado su réplica estableciendo dos espacios distintos de respuesta: los que se refieren a asuntos en los que estamos de acuerdo y aquellos en los las diferencias son innegables. Para el profesor del Arco, nuestros puntos de acuerdo son más importantes, y no solo cuantitativa, sino cualitativamente, porque nuestro encuentro se produce, precisamente, en lo que se refiere a la sustancia del proceso histórico, a lo que es verdaderamente significativo, a lo que corresponde al oficio del historiador y al servicio que debe prestar a la sociedad en la que vive:

“un relato del pasado lo más completo posible” (p. 12). A los dos nos interesa clarificar lo que sucedió en la España de la crisis de los años treinta y cuarenta, ese es el objetivo de nuestra tarea: comprender lo que ocurrió y convertir el pasado en historia, es decir, en hechos dotados de significado. Y, claro está, los puntos en los que estamos de acuerdo no son ni pocos ni secundarios. Como no dejé de señalar en mi primera respuesta, lo más importante para los dos es que el 18 de julio es una fecha fundacional, de ruptura, que inicia un proceso de movilización de masas en el escenario particular de una guerra civil que es creadora de los recursos míticos, ideológicos, políticos, institucionales y culturales del Nuevo Estado. Para los dos es importante subrayar que nada hay aquí de proceso de restauración de esquemas tradicionales de convivencia, de reedición de relaciones de clientelismo una vez cerrado el paréntesis republicano: que, cuando estas circunstancias aparecen, con la incorporación de sectores de los viejos sectores dominantes al Partido Único y al Nuevo Estado, esto se hace como resultado de la aceptación de las nuevas condiciones existentes, adaptándose a un paisaje social alterado radicalmente por la guerra civil.

Esto ocurre, además, en todos los niveles de la reconstrucción de la nación española: ni solo en el poder central y en los espacios de elaboración doctrinal de la elite del régimen, ni solo en los espacios locales o provinciales, sino en una totalidad resultado de una fractura social completa, en la que debe examinarse el impacto de esta transformación en todas las zonas de la España “salvada” por la “guerra de liberación”. Esta reflexión se da superando las inercias excepcionalistas de la historia de España, planteando más una visión contemporánea, transnacional, que meramente comparativa. Por último, hacerlo de este modo implica entrar en la cuestión de la experiencia fascista, pero alejándonos prudentemente de los excesos y de los callejones sin salida a los que nos conduce el “fascismo genérico”, en algunas de cuyas formulaciones más radicales encontramos más complacencia en pulir un tipo ideal que necesidad de comprender adecuadamente un proceso histórico, cuya complejidad, variables, integrantes, evolución, dinamismo y heterogeneidad –esa composición del “lienzo” a la que se refiere el profesor del Arco, y a la que me referiré después, por su considerable utilidad analógica– son sacrificados en lo que considero un verdadero fracaso en la difícil y necesaria convivencia entre procesos históricos y conceptos.

Sin embargo, tras haber leído la réplica del profesor del Arco, no estoy seguro de que nos separen aspectos menores, aunque tampoco creo que se trate de una cuestión insalvable, sino de la que hay que continuar hablando, para precisar mejor las posiciones de cada uno. Estoy seguro de que hemos realizado una primera aproximación que resultaba necesaria, y en el esfuerzo por hallar o distinguir lo que nos distancia se encuentra el hallazgo de aquello que nos exige continuar siendo interlocutores. Creo que esta diferencia se encuentra en lo que el mismo profesor del Arco califica de cuestión de método y, como producto de la perspectiva utilizada, de la concepción que cada uno de nosotros tiene del carácter del régimen del 18 de julio.

En la última parte de su réplica, del Arco pone las cosas en un terreno de búsqueda de conciliación: ya no en aquello en lo que supone que no vamos a ponernos de acuerdo –la naturaleza fascista o parafascista del régimen de Franco–, sino en lo que le parece el territorio que verdaderamente podemos compartir, con ligeros matices, con atención a aspectos distintos de la realidad, haciendo que nuestras posiciones, más que opuestas, sean “complementarias” (p. 13). Yo creo que nuestras aportaciones pueden y deben ser complementarias, incluso sosteniendo la importancia del elemento de confrontación: la definición del franquismo. O, para situarlo como se debe, y como el propio Miguel Ángel del Arco señala –y yo advertí en mis comentarios– en nuestra diferente percepción del fascismo. Téngase en cuenta que esa diferente percepción no se refiere solo a un concepto con características generales precisas y tajantes –los dos hemos establecido lo poco que nos

interesa, o lo poco útil que nos resultan, en este sentido, algunas posiciones extremas del “fascismo genérico”-. Se refiere a la comprensión de una experiencia histórica y a la necesidad de identificarla. Comparto no solo la voluntad de llegar a un acuerdo, sino la preocupación que el profesor del Arco pone de manifiesto: que no venga a separarnos una cuestión formal, cuando ambos estamos documentando –ciertamente en niveles distintos de la realidad– lo que ocurrió con la construcción del régimen franquista en España, y estamos tratando de comprender la congruencia del franquismo con las condiciones europeas de los años treinta y cuarenta. Que el bosque no nos impida ver los árboles, como Ortega respondía a quienes asimilaban en su estúpida sencillez el dicho popular que invertía los términos de la expresión.

Pero me temo que no estamos, al establecer la difícil, conflictiva, y necesaria relación entre hechos y conceptos, ante una cuestión formal, por lo menos en el sentido más suave de la palabra. Y mis diferencias con este planteamiento resultan especialmente resaltables recurriendo a las propias palabras del profesor del Arco, seguramente aquellas en las que expresa con mayor soltura y brillantez su posición en este campo:

“Comprendiendo –y compartiendo esta necesidad y esta función social del historiador del fascismo pienso que, siendo necesaria, lo más importante no es la caracterización del régimen como fascista o como parafascista. Como cualquier lector puede atisbar en este debate y como he tratado de demostrar a lo largo de esta réplica, nuestras discordancias radican en la concepción que podemos albergar sobre qué fue el fascismo. A partir de ahí derivan nuestras diferencias sobre la caracterización del régimen o del partido único. Algo que, insisto, aun siendo importante no me parece lo más relevante. Lo más decisivo son una serie de reflexiones –expuestas en el primer epígrafe– que explican cómo se conformó y se consolidó el régimen del general Franco y en las que coincidimos. Porque la función última del historiador reside más en explicar lo sucedido y en echar la vista atrás, ofreciendo narraciones del pasado que aporten conocimiento crítico, que en conceptualizar. Y esto cobra aún más sentido cuando, como sabemos, nuestra utilidad social radica en comunicar a la sociedad un relato del pasado lo más completo posible.

Estudiar los regímenes democráticos de la Europa de entreguerras nos acerca a ese objetivo. Y nos referimos a estudiarlos en su realidad concreta: cómo llegaron al poder, cómo se consolidaron, cuáles fueron sus políticas y cuáles sus funestos efectos. Si hacemos esto, como muchos historiadores han hecho con el franquismo en sus más diversos ámbitos, obtendremos un dibujo cada vez más completo de todo lo que, por cierto, hoy no queremos ser. Nos preocupa, en este sentido, más el contenido del lienzo del pasado que miramos, con su complejidad, sus tonos variados y sus matices, que el título que pueda llevar.” (pp. 11-12).

A riesgo de alargarme, he querido mantener la integridad de la cita para evitar el riesgo de una manipulación, por inconsciente que sea. Escritas en las conclusiones de su réplica, estas palabras indican por dónde deberían avanzar nuestros trabajos y dónde se encuentra un punto de conflicto que es difícilmente superable, pero que resulta menor. No solo porque sea un asunto de importancia secundaria en la distinción que se establece entre nosotros, sino porque tiene ese carácter por principio, independientemente de que se esté debatiendo o no el carácter del régimen. Lo que importa no es el nombre que se le dé, lo que interesa no es la conceptualización, sino el examen de un proceso cuya contemplación y comprensión son mucho más decisivas que la categoría elegida para calificarlo. No puedo plantear una objeción literal a lo que se plantea en este párrafo, aunque sí debo hacer una consideración metodológica que, en matización, espero que coincida con lo que el profesor del Arco ha querido enfatizar en esta parte final de su réplica. En especial, porque lo ha subrayado para permitir un mayor entendimiento entre nuestras posiciones, apartando aquel factor que podría empezar por separarnos, evitando que continuáramos debatiendo sobre la evolución política de España en los años cuya calidad significativa queda fijada por la guerra civil.

Obviamente, no puede ser mayor o menor atención a la experiencia histórica “real” la que nos separe. Los dos contemplamos ese lienzo complejo, diverso, de tonalidades distintas, a cuyo análisis dedicamos nuestro esfuerzo profesional. Creo que no solo nosotros dos, sino todos aquellos que mantienen una relación sensata con este oficio, lo cual excluye, naturalmente, a quienes sostengan la actitud de un escolástico del siglo XIII resucitado en nuestros días, tras haberse perdido seiscientos años de reflexión epistemológica. Del mismo modo que deberíamos esperar que no se produjera la reacción contraria, la ofuscación de un nominalismo que desagregue despectivamente cualquier concepto de su relación con la realidad designada. Y eso ya es mucho terreno acotado, porque nos coloca en una ambición encomiablemente compartida: la de dar significado a un periodo de nuestra historia en la que el fascismo –y el antifascismo– fue el factor de identificación radical de posiciones políticas, de actitudes sociales, incluso de opciones morales, para usar las palabras de Claudio Pavone, o de una elección de vida, para utilizar las que empleó Giorgio Amendola para titular sus memorias. Nuestra profesión consiste en atenernos a esa complejidad de los procesos históricos que no deriva de nuestro gusto por complicar las cosas, sino de nuestra voluntad de no falsificarlas. Es cierto: lo que nos interesa es “el lienzo del pasado”. No es eso lo que nos distingue o lo que nos coloca en corrientes historiográficas distintas.

Incluso estando en esas posiciones diferentes, sin embargo, lo que podemos considerar es hasta qué punto es cierto que nuestra tarea no es conceptualizar o hasta qué punto es posible una separación tan tajante entre una perspectiva de análisis de la realidad y una observación determinada por una actitud que ya dispone de conceptos dados precisamente para poder observar con criterio científico. Porque, hemos de recordarlo como obviedad, no somos observadores de la historia. Somos historiadores. No somos testigos o confidentes informados por una documentación a la que nos limitamos a prestar una organización formal y una elocuencia mecánica. Somos, además de recopiladores, intérpretes de los materiales diversos que nos llegan desde el pasado. No contemplamos pasivamente el lienzo, sino que adquirimos una actitud crítica, realizada con la destreza profesional que hemos asentado en años de aprendizaje y que distingue nuestra mirada de la que pueden tener quienes carecen de estos conocimientos. Nuestra visión no es, por tanto, ingenua, inocente, desnuda. Es una perspectiva cargada de juicios previos, de consideraciones conceptuales, de agudeza siempre apoyada en un punto de vista. Miramos ese lienzo teniendo en mente otros lienzos; estudiamos una realidad disponiendo de nociones de realidades que no hemos podido analizar documentalmente, pero a la que hemos tenido acceso a través de los estudios solventes que otros han realizado. Una comunidad científica se vale de conceptos para poder comunicarse en un campo infinito de realidades diversas, de experiencias individuales inabarcables. Se vale de conceptos que no pueden sustituir a la realidad, pero que la hacen comprensible, la insertan en una lógica y, para decirlo de un modo que espero que no se entienda mal, la “humanizan”.

La nuestra no es una mirada cualquiera, no es una mera recepción, sino una interacción con el objeto que contemplamos. Nuestra observación, nuestro análisis, es el despliegue de nuestros conocimientos en cada documento examinado, en cada situación social cuya complejidad debemos tratar de comprender y cuyo sentido debemos tratar de arrebatar a lo que podría ser mera y simplemente insuficiente, siempre insatisfactoria enumeración de circunstancias. Conocer científicamente no es contemplar una realidad, sino asumirla en forma de conceptos que, naturalmente, no deben falsificar ni deformar la experiencia viva que desea transmitirse, pero sí establecer unas categorías esenciales, rigurosas, que reconozcan cuál es el tema central de la obra que estamos analizando. Que sepa filtrar adecuadamente todos los matices y heterogeneidad de lo que observamos, buscando cuáles son los elementos que definen una coyuntura o un proceso. Y este rigor pasa por el reconocimiento de la relación inestable, dolorosa, inquietante y conflictiva que enlaza los conceptos y la realidad. Porque es cierto que la tarea del historiador es explicar lo que sucedió, pero esa explicación, ese relato

“lo más completo posible del pasado” implica siempre proporcionarle un sentido. Dotarlo de un significado. Darle un nombre.

Por otro lado, ese lienzo que contemplamos –si se me permite seguir con la analogía que el profesor del Arco ha propuesto, y que me parece interesante y útil– no contiene solamente escenas realistas que deban ser narradas, y ni siquiera impresiones abstractas cuyos códigos formales deban ser descifrados por el crítico. Es decir, las sociedades europeas de los años de entreguerras no contienen solamente datos obvios, cuantificables. Comprender cómo actúan las personas en ellas, explicar la lógica de su conducta, la racionalidad de sus opciones, implica el descubrimiento de aspectos que se encuentran en otro nivel, y que corresponden, como tan bien se ha descrito precisamente por los autores que señalaba el profesor del Arco en su réplica, señalando las normas morales que se esconden tras las reivindicaciones, las aspiraciones y la idea de justicia que prende en las actitudes conflictivas, la ética de una supervivencia que es forma elemental de resistencia –como derecho a vivir puesto en duda por políticas sociales despiadadas–, la manera en que se digiere la lógica de una victoria, la forma en que uno asume su condición de vencido, la defensa de una dignidad mancillada, la idea de un honor, de una reputación o de una autoestima que se desean preservar. Se encuentra, como explicación de fondo de esa sociedad, no solo el discurso obvio, no solo las opciones de voto que se toman a favor del fascismo en otros lugares, sino la manera en que ese discurso es comprendido, la capacidad de integración que propone, la manera en que se convierte en representación de aspiraciones heterogéneas, cohesionadas en los mitos identificadores, en el liderazgo y en los rituales de ocupación del espacio público de los que se dota un movimiento.

Lo que tenemos ante nosotros, son pues, no solo realidades evidentes, sino ideas, conceptos, mitos, percepciones, que mantienen, ellos mismos, una relación compleja con lo que “las cosas son de verdad”. Lo que examinamos no es una realidad inerte o un organismo biológico elemental, lo cual nos separa de los métodos de las ciencias experimentales. Observamos una realidad que, en sí misma, ya se encuentra “conceptualizada”. Se halla atestada de emociones, de voluntad de mejorar, de decisión de resistir, de percepciones de la propia situación amenazada, de actitudes afectivas por la calidez tranquilizadora de un discurso, de sensación de anomia, de búsqueda de seguridad. Y todo ello se expresa de formas que precisan interpretación, pero que contienen ya su propia relación con el mundo que rodeaba a aquellas experiencias individuales. La sociedad que estudiamos no es compleja porque sea diversa: lo es porque ella misma establece una relación determinada entre objetos y percepciones, entre procesos y conceptos. Quienes integran esa sociedad son quienes necesitan dar nombre a las cosas. Son esos individuos, cuya voz nos llega desde el pasado en los documentos, cuya asistencia a un acto público contemplamos en un noticiario o en una fotografía, cuyos testimonios nos llegan a través de los informes de la policía, de la documentación de los gobernadores civiles, de los jueces, de los relatos de los contemporáneos y de los recuerdos fabricados en la posteridad por los protagonistas de los hechos; son esos individuos los que se toman en serio el nombre de las cosas, porque forma parte de su identidad.

El fascismo o el antifascismo, en especial en la fase de bipolarización que simplifica abusivamente la mutua percepción de hostilidad entre quienes se enfrentan en la guerra civil, son conceptos movilizados, pero son también realidad. No una realidad plana, obvia, ligera, sino una realidad compleja, porque a los mitos de identificación que despliega el fascismo se suman los potentes mitos identificadores del antifascismo, explicándose mutuamente, realizándose en su inseparable dependencia. Y eso no ocurre en un laboratorio donde se destilen las palabras y las cosas, sino como factores de explicación del proceso que examinamos, como combustible que alimenta con su energía la movilización de las masas,

como demarcaciones que establecen una pertenencia y una extranjería, como valores que establecen horizontes de utopía para unos y para otros: conceptos como el socialismo, como la revolución, como la nación, como la religión... el conjunto de creencias, de aspiraciones, de esperanzas y de miedos con los que se forma una concepción del lugar de cada uno en la historia. Sin esa percepción, sin la seguridad que proporcionan esas imágenes y representaciones, esos rituales y símbolos que habitan en la realidad que contemplamos, en los hombres y mujeres de aquellos momentos habría prendido un tipo de soledad, de silencio, de resignación callada y de falta de sentido de todo lo existente, que nos impediría reconocerlos.

En su libro sobre las relaciones entre el DNVP y el NSDAP en el momento del *Machtergreifung* nazi, Hermann Beck ofrece un ejemplo muy útil para comprender esta cuestión y relacionarla, además, con la complejidad del fascismo, de su capacidad de representación diversa en momentos distintos, de acuerdo con la visión que de él se tiene en un examen de realidades locales distintas. Beck, que examina la campaña antiburguesa realizada por la militancia nacionalsocialista radicalizada tras la captura del poder, en el momento en que se desea marcar un signo de distinción y una advertencia lanzada a los aliados del partido en el gobierno. Esas mismas personas que realizan sus ataques a los valores de una burguesía egoísta, solo preocupada por su interés particular, materialista, carente de espíritu comunitario, son las que William Sheridan Allen describía en una pequeña ciudad del centro de Alemania, prestando atención a los oradores provinciales del NSDAP siempre y cuando fueran presentados por algún burgués que tuviera prestigio adquirido en la población, precisamente por la lealtad a aquellos principios propios de la clase media protestante alemana, de la *Bildungsbürgertum* o burguesía educada. Eso nos ofrece la variabilidad y flexibilidad de percepciones sociales de un nazismo que se acepta a finales de los años veinte como representante de los valores de la burguesía, y así tiene que ser acreditado por personas conocidas por su respeto a tales valores a escala local, y un nazismo que se lanza a una campaña de ruptura con estos valores conservadores, mediante una campaña “revolucionaria” –que, como veremos por qué motivo, yo llamo contrarrevolucionaria, estando muy atento al valor de la palabra “revolución” para el fascismo– de ocupación total del poder y marginación, más que de personas, de actitudes que muestren una escasa comprensión de un tiempo nuevo, en el que las líneas de discriminación son totalmente distintas a las que habían sustentado las actitudes conservadoras burguesas de los años anteriores a la Gran Guerra.

En su estudio sobre las condiciones sociales y culturales del Sur de Italia entre los años 43 y 48 –es decir, entre la caída del fascismo y las elecciones que dan la victoria a la Democracia Cristiana sobre el Frente Popular–, Angelo Michele Imbriani describe las espantosas condiciones de vida que, habiéndose iniciado en la guerra, se agravaron con la ocupación aliada. Ante la carestía y la escasez, algunos se beneficiaron a través del control del mercado negro, otros mediante una capacidad de resistencia mayor al ser poseedores de cosechas, y otros sobrevivieron a través de estrategias que incluyeron la devastadora destrucción de referentes morales: la prostitución, el robo, la delación. La censura aliada y los prefectos recogieron datos estremecedores de las condiciones objetivas, pero obtuvieron testimonios aún más reveladores e inquietantes sobre el modo en que unas personas debían dar sentido a aquella realidad. Y, curiosamente, se hablaba de unos “años dorados”, en los que los principios del trabajo honesto, el respeto a la propiedad, a la autoridad, a la familia, a la caridad cristiana, a la decencia, se oponían a un mundo de pícaros y expropiadores, entregados a un mundo sin moral que nada tenía que ver con el anterior. El mismo Imbriani señala que, lejos de ser “años dorados”, aquel tiempo de referencia idílica estaba llena de denuncias de los prefectos fascistas, que se referían a los problemas de adhesión entusiasta al régimen. Y, por otro lado, para complicar las cosas, esta población, o bien se inclinaba por posiciones de proximidad mítica al rey justiciero, o bien se desahogaban equiparando, desde posiciones

ultraconservadoras y populistas, a los burócratas fascistas y a los nuevos funcionarios del Estado en construcción, porque ambos habían quebrado las relaciones clientelares basadas en la confianza en personalidades locales, sustituyéndolas por la despersonalización de una autoridad “enviada” desde Roma.

Creo que estos dos ejemplos pueden clarificar aún más lo que estoy tratando de exponer en esta objeción al planteamiento del profesor del Arco. Muestran referencias diversas a la experiencia del fascismo como movimiento, como régimen, y muestran el uso de la palabra “fascista” como instrumento de identificación –de denuncia o adhesión– por parte de los sectores populares. Sé, además, que la objeción tiene poco recorrido si se intenta tomar como una discrepancia radical entre el profesor del Arco y yo, porque no hay en sus trabajos una actitud distinta a la expuesta aquí, sino una clara sensibilidad por la manera en que la historia es algo que se vive, que se experimenta, y que se valora de acuerdo con concepciones del mundo. Que la vida es experiencia social dotada de ideas y creencias más o menos perfiladas, pero siempre presentes en las razones que llevan a tomar una actitud u otra, que nunca responde a un simple acto reflejo, sino a la tamización de lo que ocurre a través de lo que se piensa que ocurre. Insisto en que no es otra la posición del profesor del Arco y mi respuesta ha querido plantear precisamente este punto de encuentro, que no se halla en considerar secundario el nombre que demos al régimen –lo cual significa la forma en que lo caracterizamos–, sino en aceptar que nuestra discrepancia no supone, en ningún caso, que el otro tenga una relación poco apropiada con la realidad que estudiamos. Para mí, la importancia de designar esta cultura, movimiento y régimen como fascistas tiene que ver con algo esencial: integrar estas experiencias en un proyecto determinado de construcción de un nuevo orden en Europa, lo cual debía hacerse de forma diversa, atendiendo a realidades nacionales distintas, con elementos de cohesión cultural muy diferentes –aquí, la cuestión del catolicismo puede ser un factor clave de distinción no solo con Alemania, sino también en lo que afecta a la clase media urbana italiana–, con mitologías fundacionales distintas en sus respectivos discursos nacionalistas dominantes. Pero decir “fascismo” significa mantener esa unidad del proyecto que se alzó en Europa, que en ningún caso establece monolitismo, sino la capacidad de integrar situaciones muy diversas en un objetivo de la misma naturaleza, en una misma cultura política.

Por otra parte, que la actitud del profesor del Arco es esta misma, se observa en lo que afirma en su propio texto inicial, aunque en la réplica haya extremado sus posturas, no para distanciar, sino para eliminar o dejar en un segundo plano un espacio de conflicto entre nuestras distintas concepciones del fascismo:

“En todo caso, es necesario realizar una precisión conceptual para enmarcar nuestros argumentos. Como en toda investigación histórica, los resultados pasan por el tamiz de la interpretación. Y, en este caso, el marco conceptual es clave. La pregunta sobre si el franquismo fue un régimen fascista viene determinada, en gran parte, por la definición que demos a dicho fenómeno. Podemos centrarnos más en su programa político y cultural, en sus veleidades “palingenésicas” y revolucionarias, buscando un “fascismo genérico” que en el propio desarrollo histórico nunca será perfecto y nunca encontraremos en estado puro. En estas visiones primarán aspectos como la propaganda, la liturgia política, las creencias o la aceptación. O, por el contrario, podremos asumir posturas que consideran al fascismo más en sus hechos que en sus aspiraciones, resaltando cuestiones como la violencia política, el control social, la resistencia o la oposición. Bajo nuestro punto de vista, el fascismo no puede comprenderse si no se aúnan ambas visiones. (...) La mayoría de la historiografía acepta hoy que el régimen alemán e italiano, con sus peculiaridades, fueron regímenes fascistas. Menos acuerdo hay, en las diversas historiografías, sobre la naturaleza de otros regímenes europeos de entonces. A nuestro juicio, la mayoría de ellos fueron regímenes fascistizados, al verse afectados por la influencia de la ideología fascista, viéndose en la realidad más o menos permeados por ella. En todo caso, a la sociedad para la que escribimos no debe importarle tanto la etiqueta de qué fueron, sino más el por qué, cómo y quienes fueron.”

Es decir, que los historiadores deben tener en cuenta la conceptualización, porque de ella misma parten a la hora de examinar la realidad que desean ordenar y comunicar. Y que, en todo caso, a la sociedad a la que van dirigidas las conclusiones que saquemos de nuestros estudios, debe interesarle menos la sutileza de los conceptos que el relato de lo que ocurrió. No estoy demasiado seguro de que las cosas sean de esta manera, aunque entiendo la distinción que el profesor del Arco realiza entre la terminología del especialista y lo que interesa a la sociedad, el conocimiento de los procesos, ese “relato del pasado lo más completo posible”. Lo entiendo en un sentido obvio, que es lo que menos se observa, por cierto, cuando cualquier tertuliano se ve con ánimos y recursos suficientes para exponer su opinión sobre la II República, la guerra civil o la posguerra, con desprecio absoluto, ya normalizado, por lo que es campo de conocimiento exclusivo –como conocimiento científico– de los profesionales.

Pero no lo entiendo así cuando vuelve a establecerse una distinción entre aquello que de verdad interesa y lo que pasa a ser –después de haber reconocido su carácter imprescindible en nuestro trabajo– algo secundario. Porque si aquella sociedad estaba regida por un régimen fascista o no fascista no es una cuestión de detalle o de sutileza profesional, sino algo que conduce a colocar el sufrimiento de quienes perdieron y las ventajas de quienes ganaron en la lógica transnacional, en las circunstancias generales de una época que trata de comprenderse en su conjunto. Y supongo que esa comprensión amplia es la que, en un mundo que hace de la fragmentación una forma de ignorancia, es lo que interesa. Por consiguiente, creo que sí es fundamental señalar si estamos ante un régimen autoritario, ante una coalición reaccionaria, ante un régimen fascista o ante un régimen fascistizado. Porque esas designaciones forman parte del contenido del relato, no son su simple título. Insertan una realidad concreta en un marco más amplio en el que adquieren su rotundo significado. Y, honestamente, creo que precisamente por esa convicción, el profesor del Arco ha escogido una determinada caracterización del régimen y del partido único.

En efecto, el profesor del Arco puede considerar que el tema esencial no es el nombre que se le da al proceso, pero su alejamiento de cualquier posición de un positivismo ilusorio se demuestra en el interés que ha puesto, como no podía ser de otro modo en un trabajo intelectual serio, por definir el marco conceptual en el que se siente más cómodo, la fórmula que, a sus ojos, sirve para identificar mejor un régimen, integrando en ese concepto sus diversas circunstancias temporales, la complejidad de situaciones locales, la heterogeneidad de su composición: el franquismo es un régimen “parafascista”. Y la realidad que se examina, ese relato lo más completo posible del pasado que desea ofrecerse a la sociedad, se construye no de forma espontánea, no por la simple reproducción literal de los documentos, sino –de acuerdo con las propias palabras de Miguel Ángel del Arco en su réplica– en función de la perspectiva que nos ofrece el concepto de fascismo que tengamos:

“La concepción que Ferran Gallego tiene del fascismo difiere de la mía. El concepto histórico empleado condiciona, así, las conclusiones. Tanto es así que, tengo que reconocerlo, si abrazase la definición del fascismo que él enarbola, estaría de acuerdo en todos y cada uno de sus planteamientos.” (p. 5)

Como la concepción del fascismo que planteo es la parte en la que creo que peor me he explicado en mis primeros comentarios, pues de otro modo el profesor del Arco no habría entendido algo muy alejado a lo que no ahora, sino desde hace más de diez años son mis hipótesis de trabajo sobre el fascismo, dejaré ese aspecto esencial de su observación para explicarme mejor más adelante. Lo que me interesa destacar ahora es que, a pesar de que el profesor del Arco considere que lo de menos es el nombre que demos al movimiento o al régimen examinado, creo que en su propio trabajo se encuentra una necesidad obvia de calificarlos. Tanto es así, que el artículo que comenté lleva, ya en su título, la pregunta “¿Fascismo en las instituciones del *Nuevo Estado*?”. No se trata de si había fascistas en el

régimen, sino de si había fascismo en sus instituciones –se comprenderá, espero, la diferencia– y, sobre todo, si el régimen debía caracterizarse como fascista de acuerdo con la documentación aportada en un trabajo sobre un aspecto concreto de la realidad: el personal político, en especial el municipal y el provincial, del nuevo régimen. De no haberme encontrado con un trabajo que tuviera esta ambición teórica ni siquiera habría respondido a sus sugerencias, porque no habría existido el terreno en el que hubiera podido desarrollarse un diálogo. Nuestras discrepancias y nuestros acuerdos pueden darse porque compartimos una perspectiva.

El fascismo, un desafío intelectual.

En su réplica, el profesor del Arco señala cómo no le ha pasado desapercibido un aspecto central de mis comentarios a su artículo. Usando una terminología que no me gusta nada, por sus claros riesgos de ser mal entendida, me refiero al “compromiso” del intelectual, en este caso del historiador, especialmente visible en el estudio del fascismo. En modo alguno implica entregarse a los sucedáneos sentimentales de un compromiso profesional, sino a hacer nuestro trabajo con la pulcritud científica que nunca es indiferencia ante la materia que tratamos, sino que necesita de una necesaria pasión por el conocimiento. A ello aludía al evocar el ejemplo de Tim Mason y su inicial despreocupación por las cuestiones del “fascismo genérico”, ocupado en analizar minuciosamente la política económica y social del régimen nazi y dedicado a enfrentarse con extrema violencia verbal –que llegó a cuestionar la honestidad profesional de algunos colegas que nunca se lo perdonaron– a cualquier intento de fragmentar el conocimiento del nacionalsocialismo, aislando aquellos elementos “modernizadores” de los “arcaicos”, o distinguiendo entre las políticas sociales en beneficio de los “camaradas raciales” –*Volksgenossen*– y los objetivos de una exclusión continuada y radicalizada en la lógica de la expropiación, la deportación, la esclavitud y el exterminio de los “ajenos a la comunidad” –*Gemeinschaftsfremde*–. Cuando, al final de sus días, Mason descubrió que el fascismo había dejado de designar la experiencia nacionalsocialista en un buen número de especialistas, escribió un denso texto lamentablemente inacabado, al que nadie puede reprochar que saliera de la pluma de un historiador preocupado por la conceptualización. Se trataba de un historiador comprometido con una tarea que realizaba con la plenitud de una dura formación profesional en Oxford; que dedicó años a la revisión de una abrumadora cantidad de documentos originales sobre política social del Tercer Reich, publicados en una antología aún no superada; y que creyó que estudiar el fascismo alemán era una exigencia intelectual específica para una persona nacida en plena guerra mundial. Y que, por tanto, salió al paso, tras haberse enfrentado a algunas visiones reductivas del fascismo, al peligro de que el concepto no se extinguiera a solas, sino que arrastrara en su caída el conocimiento histórico de los acontecimientos de la crisis del periodo de entreguerras.

Si algo he aprendido de mi lectura de Mason es que de ninguna manera le habría preocupado la pérdida de un concepto: lo que le angustiaba era la devastación que podía provocarse en nuestra aprehensión y relato de lo sucedido en aquel proceso. Porque de eso se trata precisamente: de la defensa del conocimiento histórico, que es un tipo determinado de saber, en el que no se exige el acopio de situaciones del pasado, sino que se demanda el hilo conductor que da sentido a los acontecimientos. Cuando me refería a ese deber que tenemos con las víctimas del fascismo no estaba aludiendo a la compasión, a la sublevación moral o a la reivindicación cívica que hacemos de los perdedores en aquella catástrofe. Todo ello es algo que nos corresponde como individuos, como ciudadanos, como demócratas. Lo que nos corresponde singularmente como historiadores, lo que es materia de nuestra destreza profesional es proporcionar una explicación a acontecimientos que debemos conocer en su

concreción, en su complejidad, en sus materiales empíricos, para ordenarlos en la construcción de una interpretación del pasado. Pues no hay relato que no sea representación, que no sea valoración, que no asigne sus recursos interpretativos.

Lo que ha ocurrido con el fascismo como categoría histórica –incluyendo el debate sobre su conceptualización, que ha llegado a provocar ese cansancio legítimo por la pulcritud de una idealización y la sutileza de unos modelos prefabricados– es inseparable de la propia experiencia del fascismo. Creo que el fascismo, como realidad histórica y como concepto es el desafío intelectual de mayor envergadura que se nos ha arrojado a los historiadores del siglo XX. Como ya comenté con la suficiente extensión a qué me refería con esta afirmación en mis comentarios al artículo del profesor del Arco, me limitaré aquí a subrayar los aspectos que se refieren precisamente a nuestro debate. El fascismo es una “verdad incómoda” de nuestro pasado, es una cultura política que distinguimos de las demás por algo más que por sus características ideológicas. Es una experiencia que a los europeos nos cuesta integrar y reconocer.

Por ello, cuando el profesor del Arco indica, con toda justicia, que no caracterizar el franquismo como fascismo no supone limitar su brutalidad ni amortiguar su violencia, tiene razón. No es esa la intención que se encuentra en los colegas con los que discutimos este tema ni puede ser esta la base de nuestro desacuerdo. Pero lo que quise indicar en mis comentarios fueron observaciones distintas. La primera, que en la negativa a hacer del franquismo una experiencia caracterizada como fascista, que incluye la formación del régimen, la guerra civil y su lógica continuidad con el asalto a la República realizado por el conjunto de la contrarrevolución desde 1931, hay una posición sesgada ideológicamente y que no es patrimonio del pensamiento conservador español. Porque por muy dispuesto que se esté, por parte de estos sectores, a aceptar que el franquismo fue una dictadura, la potencia emblemática de la palabra “fascismo” la incluiría de un modo que no se está dispuesto a aceptar, en una cultura política cuyo repudio ha formado parte de la reconstrucción política, social y cultural de la Europa de la segunda mitad del siglo XX. Y, por tanto, que en amplios sectores de la opinión y en no menos anchos espacios de la historiografía, existe una voluntad amortiguadora de ese impacto, que parte, en algunos casos también, de una honesta consideración de que el fascismo era algo vertebrado en algunos países y movimientos europeos, como una instancia ideológica nihilista y una práctica de barbarie que no se dio en el caso español, en el que el enfrentamiento de la guerra civil permite observar un conflicto entre violencias equiparables, encontrándose la comprensión del Nuevo Estado en un juego de acción y reacción entre sectores igualmente antidemocráticos, que impidieron la consolidación del republicanismo liberal en España. No es esta la posición de quienes defienden el carácter fascistizado o parafascista del régimen de Franco, pero es un factor a tener en cuenta porque es la posición que mayoritariamente establece la extrañeza del franquismo con respecto al fascismo.

La segunda es que el fascismo introdujo en Europa, a través de su cultura, de su ideología, de su estilo, de la forma en que comprendía el mundo su militancia, a través de sus esfuerzos por ganar la confianza y la representatividad de amplios sectores sociales que se sentían amenazados, una lógica de la violencia que llevó a su refinamiento doctrinal, a su legitimación como autodefensa y regeneración de la comunidad nacional, a su ejercicio como complicidad en torno a un proyecto utópico, a su función como construcción de un orden nuevo, a su carácter de instrumento de la contrarrevolución. Lo que traté de explicar es que hay una calidad fascista de la violencia que no se expresa en la cuantificación de la brutalidad –que puede aparecer con mayor número de víctimas en otros escenarios, como bien sabemos–, sino por la congruencia entre esa la violencia fascista y un proyecto general de contrarrevolución europea. El hacer de la violencia de la guerra civil española una expresión concreta del

proyecto fascista europeo es darle un significado de época, que para mí excluye la posibilidad de establecer el carácter diferenciado del movimiento del 18 de julio y del fascismo alemán o italiano. No es que haya “aspectos” del movimiento del 18 de julio que son similares o incluso idénticos al fascismo; no es que el partido único se dote de recursos instrumentales tomados del fascismo; no es que el franquismo construya un Nuevo Estado con elementos institucionales que “recuerdan” al fascismo y teniendo en sus entrañas individuos que son fascistas. Es que el movimiento del 18 de julio forma parte del fascismo y, en algunos aspectos, lejos de emular experiencias ajenas, lo que hace es dar lecciones de las posibilidades que aquel proyecto podía desplegar en su capacidad de integración y en su no menos inmensa capacidad de destrucción.

Ya expresé en mi respuesta inicial al profesor del Arco algo en lo que deseo insistir porque, estando de acuerdo en principio, no nos conduce a las mismas conclusiones, aunque sí nos coloca en un espacio de complicidad apreciable, que es el de hacer incomprensible la guerra civil y la posguerra española sin el fascismo. El mayor esfuerzo que se ha hecho con el fascismo es su desintegración intelectual, una especie de deconstrucción destinada a separar todo aquello que el fascismo fue capaz de integrar, tanto en la capacidad sintética de su discurso como en la potencia fusionista de distintas experiencias y expectativas sociales. Tal deconstrucción no se realiza para analizar con mayor facilidad y solvencia los factores que constituyeron el fascismo, sino para considerar que este proceso de constitución no se produjo con la amplitud que algunos defendemos. Es cierto que, en este criterio, que de hecho es una prolongada tradición intelectual que parte de la derrota misma del fascismo, el profesor del Arco se sitúa en posiciones cercanas a las que yo defiendo, al establecer un campo gravitatorio del fascismo como factor fundamental para comprender la peripecia de los movimientos y regímenes antidemocráticos del periodo de entreguerras. Lo que, en su tiempo, apareció como heterogéneo, pero también con voluntad de integrar un proyecto compartido, se presenta recalando sus elementos de distinción, haciendo de su diversidad un conjunto de movimientos y regímenes coincidentes en el tiempo, vinculados por relaciones de empatía y emulación, por acuerdos diplomáticos o por semejanzas en algunos aspectos de sus formulaciones teóricas y de sus formas de institucionalización. Pero lo que se subraya es que se trata de elementos de distinto carácter: no es que no sean idénticos –algo que ya se sabe que nadie afirma–: es que no pertenecen a la misma especie.

Esa prolongada actitud carece de inocencia analítica, debe ser examinada como una historiografía cuyas condiciones sociales de elaboración no pueden dejarse de tener en cuenta. Los debates que se produjeron en el *Historikerstreit* de los años ochenta; los conflictos desarrollados tras la exposición de las tesis de Renzo de Felice; la discusión sobre la inexistencia del fascismo en Francia; todos estas confrontaciones, a las que siguió la difusión, especialmente en los años noventa, de las propuestas más lúcidas acerca del “fascismo genérico”, son discusiones entre historiadores en el más profundo de los sentidos: expresan una mirada sobre el pasado cuya perspectiva procede de una determinada visión de la cultura política. Recordemos el modo en que la tesis del totalitarismo pretendía establecer la relación entre el nazismo y el estalinismo, a la vez que apartaba al fascismo italiano de su relación con el alemán. Recordemos el modo en que el “verdadero fascismo” italiano pudo saltar del “fascismo movimiento” al fascismo de Saló, pasando por encima del Ventennio como si ésta fuera una etapa de compromiso en la que se produjo una conciliación entre el régimen mussoliniano y los sectores tradicionales y burocráticos del Estado de los Saboya. Recordemos la minuciosa distinción entre extrema derecha y fascismo en Francia, que sirvió para alentar la tesis del bloqueo del fascismo francés por la existencia de una tradición republicana que incluía los movimientos de *Rassemblement* fijados en los espacios neobonapartistas. Tras la consideración de que el fascismo fue un paréntesis moral, una catástrofe nacional o una barbarie nihilista imposible de establecer sobre más bases que sobre las respuestas

desesperadas a una crisis de civilización, lo que no ha dejado de hacerse, desde que los historiadores empezaron a rectificar el aparente estupor de los filósofos y los ensayistas morales mayoritariamente conservadores –y que se habían esmerado en arrebatarse al fascismo cualquier tipo de vinculación social, cualquier relación con la cultura moderna europea–, es una labor de restricción radical del fascismo, que se ha acompañado del esfuerzo por individualizarlo, por aislar cada una de sus experiencias, por convertirlo en episodios nacionales cerrados en sí mismos, hasta el punto de que, en buena lógica, tal como sospechaba Mason, el resultado de todo ello sería el carácter superfluo de la categoría de fascismo.

Por ello, la indignación de Mason no era simplemente conceptual, sino que se refería a la posibilidad de que, detrás del progresivo desguace del concepto, acabara por asentarse la pérdida de esa realidad histórica cuyo relato completo deseamos construir. Mason no partía de sus preocupaciones conceptuales, sino de las empíricas, de su necesidad de apreciar las relaciones sociales alemanas durante el Tercer Reich a la luz de la única lógica que permitía comprenderlas: la existencia de un proyecto social contrarrevolucionario para organizar una forma de modernidad distinta a la que las revoluciones y movimientos democráticos de los primeros vaivenes del siglo XX habían planteado. Mason veía, en la destrucción de esta categoría, la voluntad de quebrar un relato histórico precisamente: el que podía insertar las experiencias concretas que él mismo se había empeñado en estudiar a fondo, en lo que era una gran propuesta, de resolución de la crisis de la sociedad burguesa, de la decadencia del régimen liberal y de la caducidad de formas de organización del Estado y de la producción, que habían comenzado a mostrar su debilidad en la crisis de fin de siglo, pero que acabaron por mostrar su flaqueza en una forma curiosamente invertida: en las posibilidades de reestructuración existentes en aquella presunta agonía de la sociedad burguesa que fue la movilización total y la renovación del discurso nacionalista en 1914. Lo que se produjo en Europa no fue un plan minuciosamente diseñado en los sótanos de un círculo de conspiradores, aunque la eficacia con que las cosas sucedieron alentó la popularidad de las teorías de la conspiración en todos los campos ideológicos. Lo que se dio fue un ciclo revolucionario de dimensiones universales, que hizo imposible el simple retorno a las condiciones previas a la Gran Guerra y que puso las condiciones para que se desarrollaran movimientos sociales de creciente amplitud, basados primero en la voluntad regeneracionista, patriótica y anticomunista de los excombatientes, y luego, a partir de 1930, en la irrupción en el escenario social de amplios sectores de la clase media urbana y rural desplazados de su seguridad por la mezcla de crisis económica, social y política que expandió el prestigio de un movimiento alternativo: es decir, que produjo la fascistización. La complicidad entre los heterogéneos sectores que se sumaron a esta opción en toda Europa hizo posible la reversión de todas aquellas categorías políticas y culturales sobre las que se habían basado las revoluciones liberales y democráticas. La congruencia entre las opciones de racionalización industrial autoritaria y las reivindicaciones comunitaristas del nuevo nacionalismo de la clase media propiciaron estos avances.

Este ciclo tuvo que ajustarse a cada circunstancia nacional específica, tuvo que disponer de los ritmos diversos de las crisis nacionales y de la distinta intensidad con que podía sufrirse la quiebra del orden social existente. Pero lo indudable es la existencia de este periodo común, la presencia de un proyecto que no es la simple suma de sus variables nacionales, sino un ciclo en el que las realidades concretas cobran su pleno sentido. Tal cosa no indica, desde luego, que solo pueda considerarse una aproximación generalista. Lo que se sugiere es todo lo contrario y, siguiendo de nuevo el ejemplo de Mason: llegar a la defensa de esa categoría común teniendo como base el estudio a fondo de una experiencia nacional concreta, porque la historia solamente se da de ese modo y solamente resulta no solo interesante, sino comprensible en esta dimensión. La extensión en el tiempo y en el espacio que reclama el

profesor del Arco, de acuerdo conmigo, en su réplica, para comprender el fascismo o el parafascismo español, necesita de otra extensión: la que va de la experiencia concreta como punto necesario de partida, a su inserción en la propia lógica de ciclo internacional del que forma parte. La defensa de un concepto se convierte así, en el mejor modo de volcar sobre la sociedad el conocimiento. Conocimiento histórico, además, en el que la perspectiva transnacional nunca es una alternativa a los estudios locales o nacionales, sino –utilicemos de nuevo la analogía– el lienzo que da su pleno sentido a una de las escenas representadas en él.

No es casual que ninguna otra corriente política del siglo XX haya evitado el exigente escrutinio a que se someten las experiencias políticas antes de aceptarlas como fascistas. No es casual la prueba de selectividad que se aplica, en exclusiva, al fascismo, ni que el fascismo aparezca con una carga emocional, con una reputación, con un prestigio que se abren en una fascinante exhibición de posibilidades de camuflarse e incluso de ocultarse a la mirada del historiador, un abanico en el que se encuentran valoraciones opuestas. Para unos, una simple careta de violencia destinada a parar la revolución social y los procesos de democratización en Europa y que, por tanto, define cualquier forma de conservadurismo radicalizado y violento. Para otros, una ilusión generacional juvenil y futurista, siempre leal a sus principios fundacionales revolucionarios, invocadores del hombre nuevo, espiritualista, hipernacionalista, ilusión integradora y representación de los sueños utópicos de una clase media. Para unos, una mera radicalización de las posiciones de la extrema derecha en momentos de una crisis internacional que se experimenta en forma de reivindicaciones nacionalistas. Para otros, un ajuste orgánico del capitalismo, capaz de convocar en una propuesta populista a las masas, a fin de realizar una función histórica cuyos ingredientes ideológicos carecen de verdadera importancia. Para unos, una perversión de la modernidad. Para otros, un viaje hasta las últimas consecuencias del tradicionalismo. ¿Qué otra cultura política nos ofrece una diversidad de ofertas de interpretación que está muy lejos de agotarse en estos ejemplos?

El profesor del Arco ha interpretado mal la analogía con el comunismo a la que yo me referí en mi primer comentario. No se trata de que mi despreocupación por una lectura “interna” de la cultura política del fascismo, o mi visión de la doctrina fascista como una mera farsa de aspecto revolucionario y de contenido reaccionario, me lleven a ver en su evolución un simple acopio de “estrategias” de simulación. Si se lee con atención –y no creo haberme expresado tan mal, tras haberlo leído de nuevo–, lo que señalaba en este apartado es que lo que en el comunismo se acepta como una sucesión de estrategias, en el fascismo se observa como desnaturalización. Y me gustaría que alguien me diera una respuesta más precisa a este problema, porque se refiere al cambio de perspectiva en función del objeto que estudiamos tratándose, además, de culturas políticas contemporáneas. Es decir, se trata de aplicar un concepto previo a la realidad. Un concepto restrictivo que ha aceptado dos cosas: que las experiencias fascistas que llegan al poder son exclusivamente la alemana y la italiana; y que el resto son fenómenos periféricos, incomprensibles fuera del campo gravitatorio del fascismo, inexplicables al margen de la época a la que el fascismo impuso una lógica singular. Pero que no pueden considerarse parte del fascismo. Numerosas objeciones que se hacen a la caracterización del fascismo podrían aplicarse –y, de hecho, se hicieron en su tiempo–, al comunismo tal y como se desplegó, precisamente, cuando su crecimiento se realizó en la fuerte corriente antifascista que se produjo en los años treinta. Ese comunismo con creciente influencia, que defendía el sistema parlamentario, que pasaba a poner en su objetivo fundamental una revolución democrática y una alianza de todos los sectores antifascistas, que conjugaba su carácter de partido de la clase obrera con la de partido nacional y de las fuerzas populares, fue denunciado por la izquierda comunista –la de tradición trotskista o de otra clase, como ocurrió como el POUM en España– por haber abandonado no solo una estrategia concreta, sino su propio carácter de partido inspirado en los principios, la ideología y la experiencia de la revolución de 1917. Del mismo modo, en la construcción de los regímenes

socialistas del Este de Europa, así como en la formación de partidos comunistas de masas en los años de la segunda posguerra mundial, podemos observar la constitución de un nuevo ciclo que va mucho más allá de un cambio táctico o estratégico, sino que supone toda una redefinición de la cultura de los comunistas del continente, que obedece siempre a las formulaciones y experiencias realizadas en la lucha contra el fascismo. Lo que en algunos casos se contempla como abandono de la revolución, como imposición del reformismo, como aburguesamiento y como aceptación del sistema, por corrientes que van escindiéndose de los partidos comunistas mayoritarios, no supone en el análisis historiográfico y politológico, dejar de calificar a las organizaciones mayoritarias, en la oposición o en el poder, de ser partidos y regímenes vinculados directamente con la tradición comunista. No creo que se haya respondido de forma adecuada nunca a esa diferencia de criterio con la que se examinan ambas culturas. No creo que nunca se haya llegado a reflexionar abiertamente sobre la inexistencia de un debate sobre el “comunismo genérico”. No creo que la ampliación de la militancia comunista en Europa en los años treinta se haya relacionado adecuadamente con la expansión similar de la fascistización, a pesar de la estrecha relación que mantuvieron estos dos episodios en los debates políticos y los recursos de movilización mitológica de los años previos a la segunda guerra mundial y en la misma consolidación de la cultura antifascista en los que siguieron al conflicto, especialmente en lugares como Italia.

El fascismo consigue no ser tratado con los mismos recursos de análisis que se emplean con otras culturas políticas del siglo XX. Algo tendrá que ver con ese tratamiento especial el peso histórico de la revocación moral del fascismo, la necesidad de contemplarlo como un episodio a veces aberrante, otras comprensible, pero siempre excepcional, de una extrañeza que implica un estudio meticuloso de sus características y una exigencia especial para considerar hasta qué punto su acceso al poder debe reducirse a dos experiencias nacionales, y su existencia al margen del poder debe asignarse a unas culturas políticas exigentemente examinadas antes de poder ser aceptadas como fascistas. Una larga tradición historiográfica y politológica ha querido poner las cosas de este modo, en un análisis que –no seamos ingenuos en esto– no se refiere al fascismo, sino a la interpretación general del periodo de entreguerras y a sus consecuencias en algunos casos como el de, precisamente, España y el Estado Nuevo. Por eso hacía tanto hincapié, en mis primeros comentarios, a la forma en que la indudable heterogeneidad del fascismo –que no fue más que el resultado de su capacidad de representar a sectores tan diversos– haya ido derivando a una distinción, en el seno mismo de los regímenes que todo el mundo acepta como fascistas, de actitudes más o menos “aceptables”, de fascismo más o menos “brutal”, de conductas más o menos “inhumanas”, algo que se apoya en la tarea de estetización a la inversa que una opinión mal orientada depositó en el fascismo: hacerlo un monstruo deforme, que se pone en cuestión al asignar rostro humano a algunos de sus componentes. No es que el profesor del Arco pretenda reducir la brutalidad del fascismo español indicando que no lo es. Se trata de que hay una operación en marcha que intenta desarticular la cohesión del fascismo: reduciendo el nazismo a los campos de exterminio, reduciendo el fascismo italiano al escuadrismo, el delito Mateotti o Saló, o reduciendo el fascismo francés a las formas más ignominiosas de la Colaboración. Afortunadamente, la historiografía española empezó a plantear la necesidad de integrar la experiencia española en el fascismo, y esto ha supuesto ya un avance considerable, aunque no hayamos llegado al acuerdo de considerar el régimen del 18 de julio como un régimen de carácter fascista. Bastante es que hayamos llegado a considerar que el fascismo es un ingrediente fundamental y necesario en su formación. Pero lo que ha costado llegar a este punto nos indica que lo que se ha producido en las ciencias sociales es la respuesta más débil ante el desafío intelectual del fascismo: evitar considerarlo un proyecto europeo, una utopía contrarrevolucionaria que se expresó en diversas formas y que adaptó su evolución a las condiciones cambiantes del periodo de entreguerras.

Dentro y fuera.

Sería poco sincero –y mi interlocutor merece, ante todo, la sinceridad– si no indicara el asombro que me ha provocado la concepción del fascismo que me atribuye. En especial, porque no me he limitado a exponerla en mis observaciones a su artículo, sino porque llevo casi veinte años escribiendo, en un proceso largo de maduración, desde luego, que el fascismo hay que contemplarlo siendo fieles a su propio proyecto, a su cultura, a sus recursos de movilización, a la formulación de su utopía, a la calidez de su comunitarismo, a la comprensible seducción de su populismo, a la fascinante atracción de su promesa de regeneración nacional. Vayamos a lo que el profesor del Arco entiende como mi concepción del fascismo, y le daré los argumentos –y las pruebas– de que mi posición es del todo distinta a la que parece haber explicado de forma tan desastrosa en mis comentarios a su artículo:

“Ferran Gallego niega cualquier componente revolucionario en el fascismo, entendiéndolo más bien como responsable de una “contrarrevolución” (término que emplea varias veces).

(...) Parece desprenderse de la réplica del profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona que tampoco considera que los regímenes fascistas desearan ni consiguiesen movilizar a la población ni mantenerlos en una posición política activa. (...) (p. 6)

Desde el punto de vista metodológico, Ferran Gallego insiste en estudiar el fascismo como “experiencia histórica”, en movimiento, en el proceso histórico, más allá de su fisonomía de ideología perfecta; por ello, extiende su análisis a lo que puede ser el franquismo desde sus orígenes fascistas hasta después de su implantación. No puede estar de acuerdo, tampoco, con mis afirmaciones limitadas a la guerra civil y especialmente a un momento concreto de la institucionalización y consolidación del régimen franquista; de hecho, discrepa de los debates italianos sobre estudiar el fascismo como “movimiento” o como “régimen”, seguramente porque para su concepción del fascismo resulta del todo indiferente.

La concepción del fascismo que tiene Gallego Margalef insiste especialmente en los fines, en los objetivos últimos que estos movimientos políticos perseguían. Es así cómo se explica que preste poca atención a cuestiones como la propaganda, los ritos, los mitos o las veleidades revolucionarias. Lo relevante son los resultados, la contrarrevolución que pretendía llevar a cabo. Entresacamos una frase de su réplica, aún a riesgo de descontextualizarla: “lo que es relevante en el fascismo no es su aparición como doctrina, sino el punto de llegada de su conversión en un movimiento representativo del conjunto de la contrarrevolución.” Toda la apariencia, toda esa estética, parece una mera “estrategia” adoptadas por estos regímenes para conseguir sus fines (en este sentido son ilustrativas sus originales reflexiones que vierte sobre el fascismo y el comunismo). (p. 7)”

Estos comentarios se acompañan de una expresión que, planteada para defender la propia visión del fascismo del profesor del Arco, subraya la necesidad de contemplarlo “desde dentro”, una visión del fascismo “como revolución en la que la cultura es un elemento esencial para configurar el fenómeno de la Europa de entreguerras”. (p. 6). No deja de sorprenderme una evaluación de mi definición del fascismo que tiene tan poco que ver con aquella de la que he dejado constancia en tantos lugares. Por poner solo algunos ejemplos –ya he indicado que, además de argumentos, aportaría también pruebas en mi defensa–: en el año 2001 publiqué *De Munich a Auschwitz. Una historia del nazismo*, en la que, empleando una parte significativa de la bibliografía disponible, señalé cuáles fueron los recursos de movilización utilizados por el nacionalsocialismo para llegar al poder. Era el estudio de una estrategia política, pero también el examen de un proceso de integración política en torno a un proyecto nacionalista, que prestaba suma atención a las convicciones –y se expresaban como tales convicciones, no como pantalla ni como pretexto grosero– que tenía la militancia nazi en los años de la República de Weimar. En el año 2003 publiqué un extenso prólogo al libro *Pensar después de Auschwitz* que llevaba por título “El nazismo como fascismo consumado”, en el que afirmaba la contundencia

ideológica y la importancia de los mitos y rituales del nazismo en congruencia con una grave crisis de la modernidad y en la construcción de una modernidad alternativa, cuyo desenlace se encontraría en el exterminio. En el año 2005 publiqué dos estudios sobre el fundador de las JONS, *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español*, una biografía política, y “La realidad y el deseo. Ramiro Ledesma Ramos en la genealogía del franquismo”, una colaboración muy extensa en el libro que editamos Francisco Morente y yo, *Fascismo en España. Los orígenes sociales y culturales del franquismo*. Supongo que se aceptará que dedicar unas seiscientas páginas a analizar el ideario y la personalidad de Ledesma Ramos difícilmente puede hacerse considerando que su doctrina carecía de interés o que se limitaba a cumplir una “misión histórica”, algo entendido en su sentido más estrecho de mera “función social” a la que se destina un mero juego de retóricas vacías o de recursos de manipulación de las masas. En el año 2006 publiqué *Todos los hombres del Führer*, un estudio de doce dirigentes del NSDAP, que trataba de mostrar la heterogeneidad del nazismo en su propia elite, señalando que los motivos ideológicos –ideológicos precisamente– de Strasser, Drexler, Speer, Goebbels, Himmler, Rosenberg o Ley, entre otros, para considerarse nacionalsocialistas e ingresar, en distintos momentos –o abandonar, también en distintos momentos– el Partido Nazi nos mostraban la importancia de una variedad de convicciones, de horizontes utópicos –desde el racismo de Himmler hasta el socialismo cristiano de Strasser o la tecnocracia nacionalista de Speer– que podían explicar la heterogeneidad de circunstancias personales que el nazismo fue capaz de incorporar y representar en su acceso al poder. Finalmente, y como bien recuerda el propio profesor del Arco, en *El evangelio fascista* he analizado, desde el punto de vista interno, la evolución del discurso fascista español durante la II República, en la guerra civil y en la primera década de la posguerra.

Comprendo cuán enojoso puede resultar para el lector esta enumeración que suplico que no se tome como un arrogante exhibicionismo. Todo lo contrario: a lo largo de este duro proceso de aprendizaje, cuya puesta ahora de manifiesto me resulta especialmente enojosa, aunque imprescindible, he ido modificando mis consideraciones acerca del fascismo en cuestiones que a veces no son secundarias. Pero nunca, insisto, nunca me he tomado a la ligera su ideología, nunca he considerado que era una tapadera y, mucho menos –y utilizo aquí una referencia indirecta del profesor del Arco, pero que asumo como referente a lo que él cree sinceramente que es mi postura– he tomado “sus proclamas y su ideología como una mera pantalla propagandística que, a modo de máscara, puede quitarse y ponerse en un momento y otro para conseguir unos determinados fines”. Como la apreciación de Miguel Ángel del Arco se ha hecho con absoluta honestidad profesional y con completo respeto a lo que considera que es mi interpretación del fascismo, he creído necesario insistir de forma especial en un error que creo que quizás puedan estar en otros, precisamente quienes tantas veces me han reprochado –y algunos de mis compañeros del SIdIF saben hasta qué punto– el tomarme demasiado en serio el discurso del fascismo. Tan en serio como para ser reprobado cuando escribía *El evangelio fascista*, al dotar de dignidad intelectual a personajes a quienes mis interlocutores me hacían querer ver, con la mejor de las intenciones, como auténticos analfabetos funcionales, elaboradores de una mera retórica hueca y sin sustancia alguna ya no revolucionaria, sino simplemente de calidad intelectual que mereciera su lectura.

¿De dónde puede proceder este malentendido, que ha supuesto que el profesor del Arco haya empleado buena parte de su argumentación para desautorizar una idea del fascismo que no es la mía? Como no puede proceder de malevolencia alguna, habiéndose realizado el análisis en el marco de una réplica honesta y respetuosa, siempre impulsada por el escrúpulo de querer llegar a puntos de coincidencia y por el temor a malinterpretarme en algunas cuestiones, creo que debo insertarla en el tema de la “revolución fascista” y en lo que he ido analizando en los últimos años como el “proceso de fascistización”. Correctamente, el profesor del Arco se refiere a mi caracterización del fascismo no solo como un movimiento

contrarrevolucionario, sino como al movimiento que es capaz de proponer una actualización de la contrarrevolución que lleva a dotarlo de una especial congruencia con las condiciones de crisis del periodo de entreguerras, permitiéndole realizar la síntesis doctrinal y el liderar el proceso de convergencia e integración social que explicó su victoria. Lo que quiero definir como proceso de fascistización, al señalar que el fascismo es lo que se encuentra al final del proyecto, cuando se convierte en un movimiento de masas, más que en su instante fundacional, es complementario del concepto de contrarrevolución que definiendo para definir la posición ideológica, la cultura política y el proyecto de organización estatal del fascismo.

Lo diré brevemente, porque esta respuesta está ya prolongándose demasiado, y porque mis posiciones están publicadas y en disposición de ser leídas por quien quiera saber cuál es mi posición con respecto a estos temas. De entrada, cuál es mi perspectiva, que nunca ha dejado de considerar lo que los fascistas dicen, lo que los fascistas sienten, la forma en que los fascistas se integran en rituales de pertenencia a una comunidad y la profunda convicción con que su afán de construir un orden comunitario nuevo se encontraba en todos ellos. Mis alumnos podrían aportar el testimonio de mi intensa preocupación para dotarlos de una perspectiva de este tipo, en la que empiecen por comprender por qué motivos se hizo fascista una parte considerable de la población europea en el periodo de entreguerras. Y podrían aportar suculentas anécdotas, porque en mi vehemencia por describir las creencias que fascinaron a quienes creyeron en el fascismo, llegué a desconcertar a un alumno de cierta edad, un jubilado matriculado en la "Universitat a l'Abast", que llegó a preguntarme si lo que estaba diciendo lo creía yo o era lo que pensaban ellos. Como se comprenderá por este divertido episodio, ha habido quizás más exceso que defecto en mi voluntad de comprender el fascismo desde dentro. Siempre he tenido muy claro que el proyecto de reestructuración de la sociedad burguesa europea solo podía llevarse a cabo mediante un discurso que nada tuviera que ver con un pensamiento conservador al uso, con una mera actitud de resistencia al cambio o de bloqueo de la modernidad. Pero de lo que se trata, en este caso, es de comprender, el carácter contrarrevolucionario del discurso fascista y hacerlo, además, en su proceso de formación real, concreto, que no es solo el fundacional, sino el que sufre las mutaciones derivadas de un largo proceso de adaptación a los cambios que se producen en una etapa tan convulsa como la que estamos describiendo. La contrarrevolución implica, por tanto, clarificar lo que entendemos por fascistización.

Yo no he negado, en ningún momento, que el fascismo se viera a sí mismo como un movimiento revolucionario. Desde luego que sí. Se me reconocerá que algo conozco del discurso falangista, a estas alturas, o del discurso nacionalsocialista, para hacer una negación semejante. Y se me dotará de una presunción de inocencia intelectual, cuando procuro que mis ensayos, siempre dedicados al análisis de la elaboración doctrinal del fascismo, reflejen las cosas como son: es decir, aceptando que el fascismo se propuso llevar adelante una revolución nacionalista. Al hombre nuevo se refirieron los nacionalsocialistas alemanes, los fascistas italianos, los nacionalsindicalistas españoles y cualquiera de las variables del fascismo que se dio en Europa. A la necesidad de llevar adelante un movimiento de regeneración nacional, que rescatara la esencia de la nación, su Ser sepultado bajo siglos de decadencia y disolución del patriotismo, para exhibirlo en una enfervorizada manifestación de unidad y disposición al sacrificio por la comunidad nacional, se atuvieron las propagandas y la doctrina de estos movimientos. Pero, ya que se me otorga un conocimiento adecuado del pensamiento fascista español, se me permitirá que señale algo que solo enunciaré aquí, siendo imposible no esquematizarlo sin el riesgo de hacer una reflexión desproporcionada al propósito de esta réplica. Ya lamento haberme extendido en este punto, pero se comprenderá que si algo era especialmente necesario era salir al paso de una apreciación del fascismo que es, desde luego, la de otros con quienes he discutido extensa y duramente, pero no la mía.

El discurso fascista es el discurso de la contrarrevolución del siglo XX. No es el discurso de la resistencia, de la reacción a secas, del conservadurismo, de la defensa social sin más. Es el de la contrarrevolución adecuada a las condiciones específicas de los desafíos de la modernización acelerada que sufren las sociedades europeas desde la Gran Guerra. La famosa expresión de Joseph de Maistre, señalando que “la contrarrevolución no es la reacción, sino la revolución al contrario” resulta necesaria, pero es insuficiente. Sirve, sobre todo, para destacar lo que no es la contrarrevolución, y debe ser comprendida en el momento en que De Maistre la pronuncia, a cien años de la irrupción del fascismo como un fenómeno social congruente con su época. La contrarrevolución del siglo XX se presenta como una respuesta transformadora, una alternativa a la sociedad liberal en cualquiera de sus formas –incluyendo las más conservadoras–, un rechazo a los principios básicos y a las estructuras políticas surgidas de las revoluciones constitucionalistas decimonónicas. Se presenta, frente a los episodios contrarrevolucionarios del siglo XIX, descubriendo la centralidad de la nación como mito que impulsa un horizonte de movilización e integración del pueblo. Desea romper con el orden establecido radicalmente, porque considera que el orden liberal es el responsable último de la amenaza revolucionaria comunista por su debilidad política y por las injusticias sociales que ha permitido. Se organiza como superación de la sociedad existente y promueve una militarización de la clase media urbana y campesina, hallando en ella la base social propicia para ofrecer un proyecto social, corporativo, de integración y solidaridad, que no ponga en peligro la propiedad, sino que, por el contrario salga en su defensa frente a los excesos del capitalismo que amenaza este legítimo derecho y frente al socialismo que desea hacer una revolución para abolirlo. Opta por la construcción de un Estado totalitario que responda a una crisis del Estado liberal que no ha sido simplemente impugnado por las acciones políticas de las organizaciones antidemocráticas, sino que ha sido denunciado en las cátedras de Filosofía del Derecho. Propone mecanismos de integración social que acaben con la lucha de clases y cualquier otra forma de división que pueda agredir uno de sus mitos movilizados esenciales: la unidad sagrada de la patria. Establece el respeto a las tradiciones culturales propias de la nación, identificadas con ella y agredidas por la modernización, como ocurrirá con el catolicismo en el caso de España, pero como ocurrirá también con todos los valores propios de la burguesía que el fascismo no viene a destruir, sino a afirmar. Expresa una sagaz lectura de la violencia política que es mucho más que la simple radicalización de los enfrentamientos sociales previos, para convertirse en un factor ontológico en el pensamiento fascista. Construye un estilo, determinando que el fascismo es una forma de ser y no un programa, algo que sintetiza de forma especialmente vistosa y eficaz la voluntad de cambio y el sentido de permanencia, la alianza entre tradición y empresa de futuro, la vinculación entre la custodia regeneradora de las esencias nacionales y la idea de imperio como disciplina interna, como expansión cultural, como utopía ideológica y como conquista de territorios. Plantea una tarea de depuración de la nación, que debe ser sometida a la expiación de sus culpas –para decirlo en el mensaje religioso que tanto se utilizó en la guerra civil española– o a la depuración de sus responsabilidades como proyecto nacional fracasado, procediendo a una purga de aquellos elementos indeseables, dañinos y debilitadores de la empresa de renacimiento de la comunidad.

La revolución fascista es una respuesta a la revolución social y democrática. El fascismo siempre es el producto de un momento de quiebra nacional que se acompaña por una sensación de peligro: siempre es la alternativa a una revolución. Pero lo es como “revolución a la inversa”, siendo plenamente consciente de que el sistema vigente no puede seguir existiendo, que no merece continuar viviendo, que debe ser cancelado en favor de una modernización realizada al servicio de los valores eternos de la nación. El fascismo no es una movilización puramente escuadrista: es una aspiración de regeneración nacional cuyos militantes, sin embargo, se han formado y se han masificado en la práctica del escuadrismo. El

fascismo no es una Liga de Defensa Social: es una propuesta justicialista, que denuncia el egoísmo y la decadencia de la burguesía y la ignominia del capitalismo. Pero los jóvenes nacionalsocialistas que luchan en las calles alemanas tienen su vinculación directa con los combates de las asociaciones de excombatientes, cuyo objetivo son los responsables comunistas de la derrota alemana de 1918. El fascismo español nace al calor de la revolución y como respuesta a la revolución. Quiere hacer su propia revolución, y sus propuestas no encuentran éxito de masas más que en el campo de la derecha, en los espacios de sociabilidad cuya organización se produce para encontrar un camino de destrucción de la democracia y de restitución a la nación de su auténtica plenitud y de su verdadera voluntad política.

El fascismo fundacional, recluido en los espacios de algunos pequeños círculos nacionalistas, no tendría interés para el historiador. O por lo menos, no tendría más interés que el que han podido generar algunas experiencias frustradas, como la de algunos movimientos *völkisch* en la Alemania de la posguerra que no llegaron a integrarse del todo en el nazismo, como el movimiento de los legionarios de Fiume, o como el grupo neojonista con el que Ramiro Ledesma trató de reconstruir un movimiento radical que se opusiera a algunos elementos indeseables del falangismo joseantoniano. Como se ve, ninguna de estas experiencias frustradas se caracteriza por situarse a la izquierda del fascismo, sino por buscar su identidad en otro lugar. Nadie podrá negar que el fascismo habría tenido el más mínimo interés para la derecha española si se hubiera reducido a experiencias de este carácter. El fascismo creció en un proceso de fascistización de la sociedad y en un proceso de evolución de su propio discurso. No precisamente para moderar su doctrina, sino para aproximarla a los valores de las masas que deseaba liderar. La conversión del fascismo en un movimiento de masas, en Italia, en Alemania o en España, se produjo siempre en circunstancias de crisis nacional y en un proceso de radicalización que fue haciendo del fascismo un movimiento político en posesión de una congruencia excepcional con las condiciones de la crisis que experimentó Europa en los años treinta. En mi respuesta inicial a Miguel Ángel del Arco expresé ya cuál era este proceso evolutivo, en qué consistía la fascistización comprendida como proceso constituyente del fascismo, y explicaba por qué me parece que el partido fascista forma parte de un espacio contrarrevolucionario más amplio. En este espacio se produce, en condiciones diversas en cada país, una consolidación de la alternativa a la sociedad liberal y de respuesta a las revoluciones democráticas, que habrán de encontrar en el fascismo su instrumento más congruente. Como indicaba en aquellas anotaciones, y como he explicado de forma muy extensa en *El evangelio fascista* para el caso español o en *De Munich a Auschwitz* para el alemán, el crecimiento del fascismo se produce en sucesivas crisis de maduración de su proyecto, no como resultado del simple éxito de una propaganda apostólica que consigue innumerables conversiones, sino mediante la inteligente integración del fascismo en un proceso generalizado de radicalización, que llamo fascistización precisamente porque el fascismo será el punto de llegada, no el de partida. No es que no haya un fascismo fundacional. No es que no haya fascistas antes de ese proceso en el que culmina la constitución de un movimiento de masas al calor de una grave crisis nacional. Es que la fisonomía del fascismo solamente se alcanza, en lo que respecta a su capacidad de unificación popular, de integración nacional, de obtención de una alta representatividad, de ganancia de una delegación de la voluntad del conjunto de la contrarrevolución en su proyecto, cuando el fascismo llega a poder ser instrumento y doctrina de conquista y organización del Estado. Antes existe una doctrina y una vanguardia, pero el fascismo es más que eso: tiene que ofrecer, para tener carnalidad histórica, corporeidad en la crisis europea de entreguerras, su carácter de sintetizador de las diversas corrientes contrarrevolucionarias en un solo movimiento, en un solo liderazgo, en una sola alternativa de poder.

¿Significa esto que el fascismo se modera o renuncia a sus factores de movilización, que se desnaturaliza cuando se convierte en la forma más moderna y actualizada de

contrarrevolución? En absoluto. Pero el fascismo solamente puede recurrir a sus mitos, a su ideología, a su propaganda, a su populismo, a sus demandas sindicales, corporativas o de comunidad de empresa, a sus aspiraciones a una reestructuración total del poder, a su liturgia de integración de masas y a su inmenso control de una sociedad, si se convierte en un movimiento representativo, si se beneficia del progresivo fracaso del resto de las propuestas contrarrevolucionarias, si logra que su discurso pase a ser el del conjunto de la contrarrevolución. Y eso solamente puede producirse no solo porque el fascismo evoluciona al integrarse en él un número creciente de ciudadanos que se encuentran en circunstancias dispares y que deben cohesionarse mucho más a través de elementos simbólicos y de vaporosos proyectos regeneracionistas que por medio de programas de acción detallados. Tiene que producirse, además, porque vayan radicalizándose y buscando el cauce de un gran movimiento nacional los espacios de sociabilidad nacional-populista, antidemocráticos, antiparlamentarios, que han ido creciendo a medida que se extendía la impresión de la vulnerabilidad de las viejas estructuras sociales y a medida que se consideraba indispensable una intervención reactiva en el espacio público. En Alemania, tal cosa se produjo porque el nazismo ofrecía un proyecto nacional, convenientemente despojado de la mayor parte de sus inclinaciones socialistas tras las crisis de 1926 y 1930, aunque perfectamente diseñado para enfrentarse al socialismo marxista mediante el discurso nacional-popular. En España, porque el falangismo pasó a ser opción congruente con las condiciones de militarización de masas que se presentó como única opción tras la victoria del Frente Popular y el desprestigio de las estrategias colaboracionistas de la CEDA o de los objetivos limitados o sectarios del alfonsoismo o del carlismo.

Debo indicar, en lo que se refiere al caso español, algo que he resaltado en mis observaciones iniciales al artículo del profesor del Arco y que, al parecer, no expliqué de forma adecuada. El falangismo fue una corriente fascista que era revolucionaria en el sentido en que se ha señalado más arriba, es decir, que se presentaba para salvar a España de la barbarie y que se expresaba —y no hay más que ver los discursos lanzados por José Antonio en torno al II Consejo Nacional del partido de noviembre de 1935— en defensa de una civilización amenazada por el bolchevismo. Solo a través de la revolución falangista —entendiendo tal revolución como debe hacerse, es decir, como destrucción del viejo orden liberal y construyendo un orden nuevo fascista— podía hacerse frente con realismo al empuje de la revolución social, que destruiría España. Este concepto de la revolución no sería alterado en los años posteriores: por el contrario, pudo ser citado con absoluta literalidad por quienes ejercieron la máxima autoridad en el partido único en la posguerra. Por otro lado, creo que las vinculaciones entre el tradicionalismo católico y el falangismo fueron más complementarias que antagónicas, por lo menos en los años de constitución del régimen. Y, si se han dado testimonios de los enfrentamientos entre falangistas y tradicionalistas, no son menos numerosos los que indican las dimensiones del encuentro entre los diversos sectores de la contrarrevolución española, afirmando todos ellos que la experiencia josenatoniana había tenido un carácter fundacional y que la guerra civil había sido el proceso constituyente del nuevo régimen, el factor principal de la cohesión del movimiento y el elemento indispensable de una conciencia generacional, además del filtro de reclutamiento del personal político del Nuevo Estado.

Arriba y abajo.

Hay otra observación realizada por el profesor del Arco en su réplica que merece especial consideración. Tiene una curiosa mezcla de elogio y de cordial reprobación, y acepto ambas cosas con el mismo talante con el que he redactado estas reflexiones: es decir, con la

seguridad de que nos separan algunas cosas muy importantes, y nos une la voluntad de conocer el significado de la guerra civil y del régimen construido a partir del 18 de julio de 1936. Miguel Angel del Arco, señala, literalmente que:

Nuestra percepción sobre el franquismo está condicionada porque las perspectivas metodológicas que adoptamos el profesor Gallego y yo mismo son distintas. A nuestro humilde juicio, pensamos que sus visiones adoptan una óptica “desde arriba”. Conoce a la perfección –y tal vez como ningún historiador español– la forja del pensamiento político fascista, su desenvolvimiento en la guerra o después de 1939 (*El Evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo, 1930-1950*, 1014, es buena prueba de ello). También maneja con soltura la historiografía europea escogiendo, es cierto, una interpretación determinada del mismo. Por mi parte, apelo en el artículo a centrar nuestra atención en las personas más corrientes, en las actitudes individuales, fijando nuestra lente en el marco de lo local, de lo pequeño, de lo cotidiano. Inteligentemente, Gallego aduce que lo que une y complementa nuestras visiones son los discursos nacionales que él analiza y que ‘atravesia y da sentido a las experiencias locales’. Y, bajo mi punto de vista, no le falta razón, pues la concepción de la nación, de su interpretación de la historia y de lo que debía ser el futuro fue el elemento fundamental para cohesionar el bando rebelde y a los partidarios del franquismo. Pero por otro lado desconfío de un encaje tan perfecto. Especialmente porque sabemos que el problema de las ideas, de los conceptos y de las ideologías es, en el proceso histórico, cómo son recepcionadas, acogidas e interpretadas por los sujetos que las reciben. Y más aún cómo pueden condicionar sus comportamientos. Corremos el peligro de asumir que, en la elaboración de esos conceptos de los que ellos mismos participaban, los sujetos históricos que se encuentran alejados de la pluma falangista (o franquista, si se prefiere), no jugaban ningún papel. Por ello son necesarias investigaciones locales que, a la luz de las evidencias arrojadas por algunos historiadores y mis propias investigaciones, no vemos reproducidos de forma generalizada ni más allá de la guerra civil ni ese lenguaje, ni esos conceptos, ni esa ideología. (p. 9).

No es flojo el envite, ni débil el argumento. Lo tomo como es preciso hacerlo, como una crítica severa en un debate que para eso se ha producido. Y proviene, además, de un más que notable historiador de las experiencias locales del régimen de Franco, lo cual me resulta tan apreciable en el nivel de la discusión como preocupante en el grado de la discrepancia. No es este el campo de mi investigación, desde luego, y por ello no puedo plantear más que alguna objeción de método, sencillamente porque el profesor del Arco cuenta con mejor información en este tema. No voy a defender mi área de interés, porque no creo que sea esa la cuestión y no lo exige de ninguna manera la apreciación del profesor del Arco. Lo que sí puede extrañarme es que me asigne en un lugar una total despreocupación por el discurso fascista, mientras me atribuye ahora un conocimiento del fascismo español exhaustivo, pero reducido a su doctrina, a su ideología, a sus textos de elaboración política. Porque no puedo ser, al mismo tiempo, el historiador cuya concepción del fascismo le niega su propia ideología y el historiador que solo presta atención a la elaboración de su ideología, y además, en las instancias de producción intelectual de una elite –lo cual, además, tampoco es cierto en el sentido en que se quiere dar a la expresión, que creo desafortunada incluso en una perspectiva física, “desde arriba”–.

Pero vayamos a lo que realmente importa, que es esa evidente diferencia de perspectiva que ha indicado el profesor del Arco. Una perspectiva en la que lo local –como en otros casos lo sectorial– corre un peligro perfectamente detectable: considerar que la realidad es esa y ninguna otra. Que podemos comprender lo que sucede mediante una yuxtaposición de estudios reclusos en un espacio concreto, que nuestra calificación del régimen puede hacerse mediante la adición de experiencias locales, que nuestra visión de conjunto corresponde a una ampliación progresiva de estudios centrados en aspectos concretos. Estoy interpretando lo que el profesor del Arco dice y, por tanto, mi lectura de la literalidad de su propuesta metodológica puede ser sesgada. Pero, si no lo he entendido mal, el profesor del Arco señala que nuestras discrepancias –es decir, la caracterización del régimen y del partido único como fascista– “están condicionadas” –ciertamente, no determinadas, para que se observe que soy escrupuloso con los términos utilizados– a que yo hago historia “desde arriba” y que él la hace, vamos a decirlo del mismo modo, “desde abajo”. Es decir, que quien hace historia social, en el

sentido en que lo propone el profesor del Arco –porque hay otras formas de hacer historia social, e incluso historia con la mirada puesta en las personas en su puesto de trabajo, en espacios de socialización como la escuela o la universidad, en los colegios profesionales, etc.–, afirmará siempre la inexistencia del fascismo en España y quien trabaje con la elaboración ideológica de los intelectuales del régimen podrá tener una mayor inclinación a aceptar esa naturaleza.

Bien sabe el profesor del Arco que lo último no es cierto. Otros historiadores, entre otros el profesor Saz, a quien justamente Miguel Ángel del Arco considera el referente intelectual más claro y lúcido de una caracterización del franquismo con la que coincide, mantienen posiciones distintas a las mías y trabajan los mismos aspectos y en una perspectiva similar a la que yo sostengo. La objeción, por tanto, no se refiere al método, sino al acuerdo o desacuerdo con la caracterización del régimen, una caracterización que no puede legitimarse, por consiguiente, por el método elegido, por el área de estudio que se trabaja o por la inferioridad significativa de los discursos realizados por los dirigentes e intelectuales del régimen frente a la potencia explicativa de la historia local. Lo que legitima el trabajo es el resultado. Es una u otra caracterización del franquismo. Una caracterización que, además, se relaciona de inmediato con el discurso: lo que no encuentra en la historia local realizada por Miguel Ángel del Arco o por otros historiadores no es “ni ese lenguaje, ni esos conceptos, ni esa ideología”.

No sé exactamente cuál es el lenguaje, los conceptos o la ideología a la que hace referencia el profesor del Arco. Porque, si se refiere a las expresiones referidas a la legitimidad “revolucionaria” del régimen, a su voluntad movilizadora, a su clara vinculación con las motivaciones del fascismo europeo, a manifestaciones que plantearan el formar parte de una misma respuesta a la crisis de la sociedad burguesa, tales lenguaje, conceptos e ideología aparecen en la elaboración de los intelectuales más altos del régimen –y, si damos a la palabra intelectual, un sentido gramsciano que nos evite el sonrojo– empezando por el propio Jefe del Estado y del Partido. Pero, más allá de este espacio, este lenguaje, estos conceptos y esta ideología empapa los textos doctrinales, las consignas, las reflexiones en seminarios, los artículos de debate, los editoriales de la prensa del partido. No podemos referirnos a todo este material como el que se elabora en una instancia “superior”, en una zona noble alejada de una realidad concreta más elocuente y veraz. Ahí se encuentra, desde luego, un problema de método sobre el que todos debemos reflexionar, porque puede ofrecer, en cualquier de las desviaciones que podamos adoptar en nuestro trabajo, resultados impropios de las certezas a las que queremos llegar. La historia local no es la única historia que se hace referida a lo concreto, a ese pequeño mundo de personas de carne y hueso, a la experiencia social verdadera, inmediata, cuyos valores y cuya actuación parece desarrollarse al margen de lo que, mucho más que lo de “arriba” es “lo oficial”, restableciendo la distinción entre la España real y la burocrática que creó el regeneracionismo de comienzos del siglo XX.

La elaboración de editoriales de la prensa del partido, la creación de revistas que ponen en contacto a la generación del frente, la participación en seminarios del Frente de Juventudes o la inserción en espacios de socialización como el SEU, la Sección Femenina, las organizaciones de excombatientes, o el mismo sindicalismo vertical. La existencia de núcleos de discusión y de formación de una conciencia de la clase media que desea sostener vivos los principios del 18 de julio, preocupándose por la posible extinción de los valores una generación –como de forma tan clara harán todos los integrantes del régimen, sean falangistas radicales, miembros de la corriente que viene a representar el grupo de Calvo Serer, o personas que no se definen por ninguna de las dos actitudes, para tratar de restablecer la unidad forjada en el inicio de la guerra–; la formación de redes de transmisión de conceptos y de ideología, y su canalización en espacios de socialización tan importantes como el universitario, están muy lejos de ser aspectos de una “superestructura”, alejados de personas de carne y hueso, de

realidades concretas explicables por experiencias determinantes en el periodo de fascistización y de guerra civil. Por otro lado, como lo comentaba La Rovere en su espléndido trabajo sobre la transición cultural en la Italia de la posguerra, el análisis de estos espacios que no es el de los grandes intelectuales, sino el de las inquietudes recogidas de un sector significativo de la adhesión al régimen, no puede ser tratado como mera o como interesante elaboración desde arriba, siempre asignando a estas instancias, en palabras del propio profesor del Arco, una menor atención a la historia pequeña, a los espacios donde realmente se desarrolla la existencia de la gente común. Porque deberá indicárseme por qué los jóvenes de la revista *Alférez* no son gente común; por qué los redactores y lectores de las revistas del SEU no son gente concreta; por qué lo que puede formarse en la opinión de un lector de los editoriales de *Arriba* no es una experiencia auténtica, diversa, heterogénea y, por tanto, reflejo al mismo tiempo de los factores de unidad y de distinción dentro del propio régimen. En definitiva, por qué no es historia social lo que no se atiene a la historia local, como si el estudio de la labor de los intelectuales, de su público, de la existencia de una cultura que quiere formalizar un proyecto político basado en los ideales del 18 de julio y expresado al principio con un lenguaje propio de la guerra civil, no es historia social, cuando siempre es la historia de un proceso de socialización.

Evidentemente, dejando atrás la guerra civil también en la obra de los intelectuales del régimen, existe un claro cambio de discurso en la literatura que he podido examinar y de la que he dado cuenta en mis trabajos, como han dado cuenta otros historiadores, estén o no de acuerdo en mi caracterización del franquismo como fascismo. Entre otras cosas, porque en la evolución del régimen se produce un proceso que he detallado de rectificación que es presentada como “despliegue” del potencial contenido en la ideología del 18 de julio. Tales cambios en el discurso de los cuadros intelectuales del Nuevo Estado son muy importantes, aunque nunca se establecen como ruptura ni con el 18 de julio ni con el nacionalsindicalismo. Si desea comprobar la consistencia de estos cambios, el profesor del Arco puede considerar si lo que se dice tanto en la estructura dirigente de FET-JONS como en aquellos intelectuales que podemos considerar orgánicos del régimen, pero menos vinculados a la jerarquía del partido – los Corts Grau, los García Valdecasas, los Lojendio, los Lissarrague, los Legaz Lacambra, los Javier Conde, e incluso el grupo de Laín– habrán de modificar sus posiciones desde mediados de 1942 como muy tarde. Y por posiciones no entiendo mera palabrería, sino teoría del Estado, propuestas institucionales, justificación del caudillaje, interpretación del Fuero del Trabajo, propuestas de participación, etc. Es decir, que lo que no puedo aceptar es que se me proponga que puede existir un fascismo teórico, presente en la obra de los intelectuales del régimen, y una realidad que nada tiene que ver con ese fascismo en el lenguaje, los conceptos y la ideología detectable en el examen de la vida cotidiana local.

Pero es que, además, la historia local no se mueve en discursos solamente, sino en formas de institucionalización que, según creo, se apoyan siempre en la lealtad a un sistema que es justificado a escala nacional. Existe una historia social, que ha manejado documentos de la vida cotidiana en las empresas, de las organizaciones sociales del régimen y de los criterios de fabricación de un aparato educativo que plantean, precisamente, el carácter fascista de las instituciones del régimen por lo menos antes de 1945: por citar solo a un miembro del SIdIF, los trabajos del profesor Francisco Morente sobre la reorganización del magisterio y sobre la política universitaria apoyan una caracterización del régimen que va en esta dirección, del mismo modo que lo hacen reflexiones realizadas en mi departamento de la UAB o en la Universidad de Zaragoza, donde el profesor Miguel Ángel Ruiz Carnicer, otro miembro del SIdIF, lleva años trabajando sobre el SEU como sindicato que quiso mantener los principios nacionalsindicalistas –es decir, fascistas, en esto creo que no tenemos discrepancia alguna– en

condiciones cada vez más difíciles, en especial cuando se avanzaba hacia la década de los sesenta.

Desde luego, nunca he creído que el análisis de la cultura elaborada por la elite del régimen –una elite muy amplia, porque en absoluto se refiere a las primeras espadas de la intelectualidad solamente, y porque atiende a los efectos que tales discursos producen en un determinado público, a quienes se adaptan siempre los textos que deben orientar a los oyentes, según el sector y el momento de evolución del régimen– explique la totalidad de la experiencia del fascismo en España. Ciertamente que el profesor del Arco no me lo reprocha, limitándose a decir que mi posición está condicionada por esta dedicación, del mismo modo que la suya está condicionada por lo que él considera que ofrece una realidad más tangible, una verdad social más radical. Creo que hay algo en lo que el profesor del Arco tiene toda la razón: para observar la cultura política de los españoles, para poder explicar la experiencia de este país en los años de la guerra civil y de la posguerra, debe considerarse la interrelación entre ambas esferas. Me parece ocioso destacar la importancia que tiene la cohesión que ejerce el liderazgo de Franco y su justificación; la intención constituyente de una comunidad de empresa sentida así por todos los “productores” que tiene la elaboración de un Fuero del Trabajo más allá de su despliegue reglamentario; la importancia del discurso nacionalista y católico en la justificación de la contienda y de la victoria; la importante herencia de la cultura de guerra –en el frente o la retaguardia– en la formación de una conciencia que, viviéndose siempre en algún lugar concreto, tiene una dimensión nacional que le da su pleno sentido. Es cierto que esa conciencia se adapta a la lectura realizada por sectores muy heterogéneos. Pero eso no es una forma de negar su carácter nacional, sino de afirmarla precisamente.

En todo caso, en esta relación entre la vivencia de la cultura en pequeña escala, de acuerdo con el público que la consume y que elabora con ella formas de comprender, de adherirse, de conformarse o de rechazar las circunstancias en las que se vive –o una suma de todo ello, como hemos visto en la referencia a la Italia de la posguerra– y los recursos culturales generales del régimen es un punto clave de cualquier investigación que nos permita ir avanzando en el conocimiento de esta experiencia. Porque permite observar el juego más importante de cualquier cultura política, pero especialmente de la fascista: la necesidad de cohesionar lo heterogéneo a través de una empresa nacional. En las experiencias locales que no he trabajado directamente, pero cuyas conclusiones he podido leer, ya sea en Italia, en Alemania o en España, no encontramos situaciones tan uniformes como las que podríamos considerar en una visión idealizada del fascismo y, sin embargo, sí hallamos el esfuerzo realizado por el régimen para dotar de una misma conciencia, de unos mismos valores, de un mismo conjunto de creencias, a todos los alemanes, a todos los italianos, a todos los españoles. Estos valores pueden encontrar serias dificultades para imponerse en momentos de dificultad: por ejemplo, en la reducción del consumo y las prácticas de supervivencia que se dan en la España de la posguerra, pero que se observan también en la desesperada búsqueda de maneras de reforzar la adhesión o –por lo menos– el consentimiento en la Italia posterior a 1941 o en la Alemania que empieza a sufrir las penalidades de la guerra, a partir de 1943 – cuando la proclamación de la “política social de guerra total” por parte de Goebbels y la violencia del enfrentamiento en la elite nazi es más aguda–. En esta misma necesidad de comparación, la historia local debería atender a esas realidades analizadas en otras experiencias fascistas, porque quizás la distorsión entre el discurso del poder central o de los intelectuales del régimen y la vida cotidiana en las poblaciones medianas y pequeñas de Alemania e Italia es también considerable, se atiene poco a la idealización que se puede hacer de ellas y muestra la existencia de una “normalidad”, distanciamiento de aspectos que corresponden a la política nacional y una lógica provincial o, especialmente, local, en la que factores sectores como las creencias religiosas, o sociales a pequeña escala, como las tradiciones políticas conservadoras en una ciudad, la lealtad a viejas autoridades y el conflicto

entre instancias diversas del mismo partido ofrecen un panorama mucho más complejo que el de la exacta conexión entre los discursos de la elite y las ideas y creencias que se expresan, en un lenguaje distinto, a escala local, incluso por quienes no tienen conflictos con el poder, sino que se consideran partidarios del nuevo orden.

Tengamos, sin embargo, presente algo que me resulta de especial interés subrayar aquí, precisamente. La fuerza del discurso destinado a la formación de una conciencia política de los españoles –como ocurrirá en otras experiencias fascistas– no quedará sin huellas. Los estudios sobre la transición cultural en Italia –como los de La Rovere, los de Lepre o los de Setta-, o los que examinan esa misma transición en Alemania –como los de Eschenburg, Reichel o Niethammer, en Alemania-, prueban la persistencia de una actitud que no se expresa directamente en opciones políticas, sino que es filtrada por prudencia, por desencanto, por creer que el fascismo es una opción que ha defraudado a quienes depositaron en él sus esperanzas, y que habrá de proporcionar algunos sobresaltos políticos en los años sesenta y setenta, para mostrar siempre, como un hilo de resistencia que solo el paso de generaciones podrá cortar definitivamente, una percepción menos negativa de la experiencia fascista de lo que podría suponerse. Ni falta hace que añada lo que en este sentido puede decirse en el caso español y la difícil, difícilísima normalización de la derecha desde la transición, una derecha que, no por casualidad, se ha organizado en torno a la herencia de la extrema derecha de 1976-1977, Alianza Popular, y no en torno a la continuidad de un partido como la UCD. Alguna cosa muy interesante sobre la exigencia de regeneración del régimen a través de sus propias propuestas fundacionales podrá ofrecernos en poco tiempo, espero, otro miembro del SIdIF, el profesor Miguel Angel Ruiz Carnicer.

Algo más sobre la política social del fascismo

Es obvio que mi intención nunca ha sido la de considerar las posiciones del profesor del Arco, expuestas ya en el muy fértil debate que hicimos en la UAB en la primavera de 2013, como las de alguien que caracteriza el no-fascismo español de la posguerra por la inexistencia de una política social “avanzada” existente en las experiencias “puramente fascistas”. Reitero, desde luego, mi desconcierto ante el adjetivo en forma adverbial: no creo que nunca pueda hablarse, y menos cuando nos referimos a una realidad compleja, como muy bien lo ha señalado en su réplica el profesor del Arco, a situaciones de pureza ideológica: eso corresponde a otros, que son adversarios de sus posiciones y de las mías. En cualquier caso, ni entonces, en el debate de la UAB, ni después, me ha pasado por la imaginación considerar que el profesor del Arco consideraba que el fascismo tenía una política social realizada en interés de los trabajadores. Otra cosa es que hubiera “políticas” que pudieran beneficiarlos, pero de lo que se trata es de considerar la política social en su conjunto, porque eso es lo que caracteriza a un régimen como proyecto “revolucionario” –en el sentido de una contrarrevolución actualizada que ya he definido anteriormente–.

No creo que corresponda a una réplica de este estilo tratar de analizar la política social del nazismo o del fascismo italiano y, especialmente en lo que hace al segundo, confieso que mis lagunas son más que considerables. Pero, atendiendo a lo que sé en este campo, me parece necesario señalar que la contrarrevolución europea pudo plantearse por disponer de un apoyo social de masas que nunca se habría tenido sin propuestas de justicia social, de superación del poder sectario de los sindicatos de clase, sin ofrecer protección a una clase media desprotegida, sin construir un espacio de acción de sectores que, hasta entonces, o no habían tenido instrumentos organizativos, o los habían tenido como experiencias dispersas, en lo sectorial, en lo geográfico y, en el caso alemán, incluso en lo confesional. La formación de una

conciencia comunitaria, que superara las tradiciones de clase existentes en la sociedad, proporcionando la congruencia entre un solo movimiento o partido y una sola comunidad orgánica, era un factor fundamental de la *Gleichschaltung* fascista, una uniformización o una nivelación a la que es útil dar más significado que el episodio singular alemán de 1933. “Un pueblo, un Estado, un caudillo” era mucho más que una consigna, era el resultado del proceso de autenticación de la nación, una vez eliminados los factores divisorios, los impulsos de fragmentación que la sociedad liberal había creado y que la crisis había llevado a su exasperación, acompañada de la conspiración judía, comunista o revolucionaria para evitar el restablecimiento de la salud de la patria.

Indicaba en mis objeciones –y, como indica el profesor del Arco, ya planteé algunas de estas cosas en el debate del 2013 y en una correspondencia posterior– que la política social del nazismo no era solo política laboral, como creo que fue también el caso en Italia. Se trató, atendiendo a la modificación de la “indiferencia” del Estado liberal por la suerte del pueblo, de la construcción de una ideología comunitaria que arrancaba a la lógica de la lucha de clases o a los proyectos del Estado democrático reformista de Weimar, la reivindicación de los derechos sociales en su conjunto, para revisarlos y establecerlos sobre una nueva planta, ajena al discurso republicano y al socialista. Aquí hallamos tres puntos de partida que deben tenerse en cuenta, que actuaron en una no siempre pacífica convergencia para construir ese espacio de reconciliación nacional-popular y de respeto simultáneo a los derechos de los trabajadores y a los de los empresarios, sin olvidar los derechos propios, autónomos, que tenía un Estado con unas necesidades muy precisas de recursos, tanto para construir una política social como para la preparación de la agresión imperialista. Por un lado, una clase media a la que había que despojar, como veremos con cierto detalle en el punto siguiente, de los residuos de su ideología burguesa, para encajarla en un nuevo espacio de valores comunitarios; con ella, una clase obrera a la que había que despojar de sus inercias sindicales o políticas –no siempre socialistas o comunistas, sino también socialcristianas o nacionalistas conservadoras–, sin que existiera una verdadera organización obrera nacionalsocialista, que había sido sistemáticamente boicoteada y solo aceptada con resignación por la dirección del NSDAP, en especial a partir del giro de 1929-1930. En ambos sectores, lo que había que fabricar era un nuevo consenso, basado en lo que Robert Ley llamó “el honor del trabajo” y que historiadores como Lüdtke han estudiado con especial agudeza, señalando la importancia de los elementos simbólicos en la construcción de una conciencia nacional perdida, que había de identificarse con la conciencia obrera o de productor, sin que nunca pudiera restablecerse como verdadera conciencia de clase. Tal “honor del trabajo” no se reducía a políticas simbólicas –aunque éstas tuvieran mucha importancia, porque se basaban en la previa existencia de una serie de valores socialistas que habían acostumbrado a los trabajadores a verse representados como la “columna vertebral”, de la nación, incluyendo en ese discurso una imagen de fortaleza, de virilidad, de dominio de las máquinas, de poder creador del pueblo encarnado en la titánica tarea de la transformación de la materia–. El cine, la literatura y la plástica comunista están llenos de esta percepción que desea manifestarse como exaltación de un mundo del trabajo que no es solo el del conflicto, sino el de la creatividad, el de la humanización. En manos del fascismo alemán, ese escenario se hizo con otros perfiles, destinados a afirmar la centralidad de todos los trabajadores –no solo la clase obrera industrial– en el proyecto de liberación nacional, incluyendo en sus imágenes y representaciones esa visión fáustica, transformadora, generadora de un mundo nuevo. Pero tales elementos simbólicos habían de verificarse en una política social que proporcionara a los obreros alemanes, en primer lugar, un puesto de trabajo, y a continuación la mejora de las condiciones en que su labor se realizaba, incluyendo premios a la productividad como los que la organización *Kraft durch Freude*, la que se recordaba con más cariño en la posguerra, había de proporcionar.

Esta política social se realizó por la necesidad de la integración de la clase obrera en un proyecto que no podía ser amenazado, especialmente en la etapa en que pudieran llevarse adelante las aspiraciones expansionistas, por un descontento que reiterara el colapso o desplome total –*Zusammenbruch*– de 1918. Pero tenía unos límites claros: en su propia voluntad de evitar la creación de un sector con capacidad de acción autónoma, debía eliminarse una toma de conciencia de grupo, de clase. Por tanto, lo que se hizo fue desplazarse sobre dos raíles de un mismo trayecto lógico: sobre la individualización de la experiencia laboral, eliminando los elementos colectivos de organización interna de las empresas y estableciendo los contratos personalizados; y sobre el paso directo de esta condición individual a una percepción de ser parte de la comunidad popular, saltando por encima del nivel intermedio, precisamente el espacio concreto de trabajo. De esta forma, la política social actuaba, al mismo tiempo, como realidad y como sublimación: ofrecía la resolución del tema del desempleo y proporcionaba la ilusión de una superación del conflicto de clase, aunque manteniendo un elogio permanente a la moral de la clase obrera alemana, que se realizaba cuando no buscaba el enfrentamiento y la fragmentación. Todo aquello que se refiriera a la negociación de las relaciones salariales estaba fuera del control de las organizaciones obreras del Reich y lejos de la autoridad de Robert Ley, quedando en manos de la burocracia ministerial, que en ocasiones ni siquiera estaba ocupada por militantes del partido. Y, por tanto, los salarios de los trabajadores alemanes eran inferiores en 1938 a lo que eran en 1928. El pleno empleo, al permitir unas condiciones de negociación que estaban a la vista, superado el escenario desmoralizador y debilitante de la crisis de los primeros años treinta, provocó una crisis estructural en el régimen, que explica buena parte de sus impulsos de radicalización a medida que se aproximaba la guerra.

La clase media alemana, que había sido la que había acudido en masa al NSDAP entre 1929 y 1933, procediendo de plataformas populistas o de partidos conservadores, lo había hecho ya como resultado de la adquisición de esa conciencia de “pueblo” que negaba sus raíces burguesas, desintegradas por la crisis. Y lo que hizo fue aprovechar una protección esmerada del régimen, que pudo presentarse como el Estado popular dispuesto a romper los privilegios de las organizaciones empresariales o sindicales, dos muestras claras del sistema liberal, de la flaqueza de un espíritu adaptado a los nuevos tiempos y, además, como *recuperación* de una idea romántica del pueblo alemán, renacimiento de una idílica confraternización permanente de los germanos que se inspiraba en una tradición ajena a los conflictos de clase, a los conceptos de ciudadanía, a los valores individualistas de las sociedades alentadas por los principios de 1789. Para la clase media, la política social del régimen era una política de integración en un doble sentido: permitía la promoción de hijos de pequeños propietarios, de empleados, de funcionarios de bajo nivel, que veían las puertas de su ascenso abiertas sin más obstáculo que la aceptación de los principios ideológicos que ningún alemán racialmente sano podía discutir. Por otro lado, evitaba la amenaza que se había cernido sobre un concepto jerárquico de la sociedad, sobre los elementos de desigualdad orgánica y funcionalista a los que el fascismo dotaba de un peculiar sentido. Un dirigente libertario español, Ángel Pestaña, pronosticó el éxito probable del nazismo, mucho antes de que éste llegara al poder, por la situación de indefensión en que se había dejado a sectores populares de la clase media, tras haberse realizado un pacto social republicano que convertía en ciudadanos de primera, por lo menos en su capacidad de negociación, a empresarios y a obreros de los grandes sindicatos socialistas o cristianos. En la composición de esta clase media tenía un papel muy especial un campesinado radicalizado a partir de la caída de los precios de los alimentos –en especial de los menos protegidos, los productos de granja en permanente competencia con las importaciones de Dinamarca o de los Países Bajos– y la política gubernamental de favorecer a los consumidores urbanos manteniendo bajos los precios de los productos de primera necesidad y, desde luego, por debajo de los productos industriales, lo cual condujo a la ruina y

a no poder pagar los plazos de las hipotecas con que los pequeños propietarios habían intentado salvar la situación. El discurso contra el capitalismo judío y financiero fue especialmente eficaz en estos ambientes. Pero también lo fue que el nazismo adquiriera la respetabilidad moral y social que se le pedía en los ambientes de los pequeños propietarios o los jornaleros protestantes que fueron el primer sector popular que se pasó en masa al nazismo, abandonando sus lealtades al nacionalismo conservador. Otro miembro del SIDIF, Francisco Cobo, ha analizado comparativa y lúcidamente este proceso, atendiendo a las causas de radicalización del campesinado y su conversión en objetivo a capturar por el discurso agrarista que estaba incluido en la propaganda nazi de un modo tan destacado desde la revisión del programa en 1930.

El capitalismo alemán fue desplazándose de su apoyo inicial al DNVP, al DVP o al DDP – dependiendo de los sectores, siendo más frecuente el apoyo de los grandes terratenientes al primer partido, el de los siderúrgicos y metalúrgicos al segundo y el de las nuevas industrias química y eléctrica al tercero–, a ir dando recursos financieros a pequeñas organizaciones populistas antidemocráticas, así como a estimular la radicalización del DNVP y del DVP e incluso la desnaturalización del DDP cuando se convirtió en DstP. El mundo católico tenía una lógica transversal, más compleja, en la que los elementos más avanzados del sindicalismo fueron desplazados por quienes alentaban posiciones corporativas autoritarias en la alternativa del “catolicismo social” al liberalismo. Solo en la crisis de finales de 1932 y 1933 que coincidió con la conspiración de von Papen contra Schleicher, se obtuvo un claro apoyo de los círculos empresariales más importantes, eliminando cualquier posibilidad de acuerdo entre el sector más moderado del nacionalsocialismo –liderado por Strasser, pero que podía haber contado con el apoyo de numerosos *Gauleiters*, como Bückel, de Renania Palatinado, o Kaufmann, de Hamburgo, además de otros de menor importancia en el norte, como Wagner, Röver, Rust y Brückner–, los sindicatos católicos y los sectores que controlaban el ejército. En su lugar, en un momento decisivo, en una de esas coyunturas cruciales en que los acontecimientos dependen de la voluntad, el gran empresariado alemán optó por la revolución nacionalsocialista, por el “todo o nada” de Hitler y los dirigentes del partido en Berlín o en Baviera. Ello no obedecía a la esperanza de convertir a Hitler en un chico de los recados o en la simple conversión súbita del empresariado más influyente del capitalismo alemán al fascismo. Era la aceptación de una crisis definitiva del pacto social de 1918, que ofrecía una oportunidad única para destruir las instituciones republicanas y la democracia social en Alemania. Y la contrarrevolución, en este caso, no implicaba el regreso a las condiciones previas a 1914 más que en un punto: continuar el proceso de modernización industrial, de racionalización productiva, de movilización total de los recursos y de establecer un nuevo concepto de la comunidad de empresa con el que la ideología nacionalsocialista era congruente.

Por último, el Estado nacionalsocialista realizaba una política social que expresaba un gigantesco esfuerzo de conciliar los diversos ingredientes del movimiento, además de poner tal apoyo en la máxima congruencia posible con los objetivos imperialistas del régimen. Política social era la que se realizaba como política de género y política racial, superando el tipo de modernización que había permitido a la mujer incorporarse al puesto de trabajo y dándole una función reproductora que no podía considerarse humillante en un régimen racista, sino la más sublime realización de una tarea al servicio de la comunidad. Política social era la facilidad para el estudio y el contenido de sus programas, así como la creación de mecanismos de socialización de la juventud que se disputaban violentamente Himmler y Ley, representantes de dos opciones nacionalsocialistas claramente opuestas en la fijación de los objetivos esenciales del régimen. Política social era el control de la opinión pública al servicio de una determinada idea de la cultura, en la que los elementos de modernización técnica convivieron con la difusión de una estética reaccionaria, en especial cuando las posiciones de

Rosenberg se impusieron a las de Goebbels en este campo. Política social era el diseño del concepto mismo de “asistencia” por parte de agencias del Estado, como *Schönheit in der Arbeit* o *Kraft durch Freude*. Política social era todo aquello que condujera a la homogeneidad, pero que, como el profesor del Arco apuntaba en su crítica a una visión del proceso hecha “desde arriba”, se volcaba sobre realidades locales y sectoriales muy distintas. Eran acogidas de un modo específico por una clase media que deseaba recuperar instancias de privacidad y, en buena medida, lograba hacerlo, tratando de acentuar las diferencias de rango que debían rescatarse frente a las tendencias igualitaristas del DAF. De un modo particular, también, eran tomadas por distintos segmentos de esta clase media, de edades, oficios y preparación intelectual distinta, con distintas tradiciones personales de tipo académico, profesional o incluso religioso. No eran tomadas de la misma manera por los católicos que disponían de sus propias instancias de socialización que por los protestantes inclinados a fusionar su fe religiosa individual en una comunitaria lealtad al Estado. Por tanto, la política social del régimen tenía una intención fundamental, que iba más allá de la obtención del bienestar del pueblo: trataba de obtener su unificación, siendo un régimen que era muy consciente de la debilidad y precariedad de su poder, obtenido en unas circunstancias de crisis y siendo apoyado por sectores muy diversos.

La agresividad imperialista del discurso y de las intenciones geopolíticas del nazismo cumplían también este papel, además de ser clara continuación de aspiraciones empresariales a crear un amplio espacio vital, una *Mitteleuropa* en la que el capitalismo alemán pudiera compensar su carencia de imperio en ultramar y las condiciones geográficas que determinaban su encapsulamiento en el continente. A ello se sumaba lo que Mason llamó “la primacía de la política”, es decir, la conversión de la política social en un factor destinado a subrayar el margen de maniobra del Estado frente a cualquiera de los sectores particulares que le habían dado apoyo, fueran los empresarios o fuera la clase media urbana y rural. Por encima de la idea de justicia social se encontraba la voluntad de la unidad comunitaria, y la Ley Fundamental del Trabajo estaba destinada a obtenerla, al tiempo que se convertía en la más clara plasmación de la inserción de la modernización industrial en un discurso que podría tomarse por reaccionario e incluso arcaico.

Todas estas circunstancias fueron acompañadas de una que me interesó especialmente en el debate del 2013: el nacionalsocialismo siempre externalizó el conflicto social en su representación ideológica y en su propaganda. El nazismo había llegado al poder como fruto de la voluntad del pueblo alemán de acabar con las cadenas que había impuesto al país el Tratado de Versalles. Se trataba de acabar con los cómplices de aquella ignominia, y los adversarios internos solo lo eran como encarnación de una acción orientada desde el exterior, al servicio de otras potencias. La ferocidad del nacionalismo alemán no se dirigía contra disidentes en sentido estricto, sino contra agentes enemigos, sectores y personalidades al servicio de la humillación alemana a manos de países extranjeros. No eran adversarios: eran traidores. En la organización de todas las instancias de la estructura nacionalsocialista, la lealtad personal fue dando una lógica especial a lo que, en otros sistemas, era una ordenanza disciplinaria. La lealtad era lo que debía el trabajador a su patrón, la lealtad era lo que debía el miembro de las SS a su oficial superior, la lealtad era lo que debían todos a Hitler. Y, del mismo modo, el compromiso de protección, de custodia, de defensa de una comunidad amenazada, era lo que debían a su pueblo unas autoridades encargadas de su permanente depuración, limpieza y seguridad.

En el caso español, insistí entonces en que la guerra civil se había realizado contra un adversario interior, contra una Antiespaña que no era un mito, sino la existencia real de individuos, partidos, sindicatos, ideologías, que trataban de acentuar la decadencia del país y apartarlo de su esencia y del cumplimiento de su destino histórico. La contrarrevolución

española, y el fascismo español desde su fundación, se refirió siempre a ese enemigo interior, cuya destrucción incluía, desde los primeros panfletos de las JONS, tres elementos: el republicanismo, el separatismo y el marxismo, a lo que pronto habrían de añadirse, en especial con la hegemonía falangista, todos aquellos sectores que vulneraran la recuperación por España de un destino católico e imperial, del cumplimiento de su existencia como nación, cuya comprensión solo podía darse en la lealtad a los principios de la Contarreforma. Esas posiciones fueron desarrolladas por la extrema derecha española en la etapa republicana de un modo implacable, refiriéndose a la revolución del modo tan lúcido en que lo hizo, en una carta a Calvo Sotelo y a Goicoechea, el intelectual más lúcido del alfonsismo español, Ramiro de Maeztu: lo que importaba en realidad, llegados a la coyuntura revolucionaria de 1936, no era la religión, ni la patria, ni la monarquía. Lo que importaba era dar respuesta a la revolución social. Que esto se escribiera y se publicara por una persona como Maeztu, puede darnos idea de hasta dónde había llegado la claridad de esta actitud en los prolegómenos de la guerra civil.

Por tanto, la conquista del poder se realizó como guerra civil en su sentido más hondo: como guerra social. Para el proyecto fascista español, que había fracasado en cualquier intento de ganar apoyo en la clase obrera, aunque no en las simpatías e incluso el fervor obtenido en otros sectores populares, las cosas podían darse como se habían dado en el desarrollo del fascismo italiano antes de 1922, pero en la escala atractiva y potente de una guerra de masas, de una guerra total, a realizarse con la inversión de todos los recursos, incluyendo los de una ideología, una organización política, una planificación de la violencia al servicio de un Nuevo Estado. La guerra no era el escenario de una rectificación, que se quebró en cuanto fracasó el golpe de Estado y se perdió cualquier posibilidad de acuerdo con los planes del corporativismo autoritario de Gil Robles. La guerra fue un proceso de transformación que incluyó la contrarreforma agraria, la liquidación física de los cuadros sindicales, la eliminación de las autoridades locales republicanas, el exterminio de toda la base humana sobre la que hubiera podido plantearse ya no la resistencia inmediata, sino la posible restauración en el futuro, de una cultura política. La guerra sirvió de escenario de un compromiso personal, de cedazo para seleccionar al nuevo sector dominante a todos los niveles, y de fabricación de una legitimidad que se apoyaba en una experiencia generacional. Fue un *Kampfzeit* de dimensiones amplias, de eliminación de cualquier traba legal, de abolición de cualquier elemento de control por autoridades distintas a las del fascismo.

No por casualidad, antes de que acabara el conflicto, pero cuando su suerte estaba ya sellada, se elaboró el Fuero del Trabajo. Y en los comentarios al mismo, que he desarrollado extensamente en *El evangelio fascista*, se halla la voluntad constituyente de este documento, en el que uno de los principales ideólogos del Nuevo Estado, Luis Legaz Lacambra, plantea la realización de la comunidad de empresa al modo de Alemania, rechazando –sin esquivar siquiera la atrocidad de un lenguaje de extrema violencia y voluntad de ridiculización de los católicos corporativistas como Azpiazu– que el sindicalismo vertical sea lo mismo que un sistema de corporaciones, precisamente por el carácter político del primero, que nada tiene que ver con el partidismo de los sistemas liberales, sino con la subordinación de la estructura sindical a las propuestas del fascismo. ¿Podemos considerar que la política social del régimen, que encuentra en la organización sindical y los principios que la inspiran no es fascista? ¿El sindicalismo vertical no es fascista, sino algo parecido al fascismo o algo que se inspira en doctrinas conservadoras, fruto del catolicismo social? Evidentemente, las referencias a la doctrina social de la Iglesia se dan en toda la propaganda del régimen desde el principio de la guerra, pero la opción por este tipo de organización sindical marca una clara diferencia con las propuestas católicas. Tan claras, que intelectuales del sindicalismo católico tan destacados como Alberto Martín Artajo y Máximo Cuervo, que habían editado un conjunto de documentos en 1933, suprimieron en la edición de 1939 aquellos que podían chocar con las condiciones de organización del sindicalismo que señalaba el Fuero de 1938. Lo que se había

eliminado no era cualquier cosa: era la organización autónoma de los trabajadores y los empresarios como base del corporativismo cristiano. Pero a católicos como estos, o como Legaz, que no había militado en el falangismo hasta la guerra, el tema les traía sin cuidado al constituirse en Nuevo Estado. En 1939, al realizar unas conferencias en el norte de Italia, Garrigues señaló que, a diferencia de lo que había sucedido con el fascismo mussoliniano, obligado a pactar con un poderoso sindicalismo existente en el país, la española al poder, a través de la guerra civil, había permitido que las relaciones laborales se organizaran de un modo más perfectamente adaptado al proyecto común del fascismo.

El profesor del Arco, recalca que en España no se observó aquello que podía verse en los regímenes italiano o alemán, precisamente por la lógica de la victoria, en la que los elementos de tipo caritativo, paternalista y reaccionarios, y a una clara política de beneficiar a los sectores más acomodados. Creo que es precisamente la lógica de la victoria la que establece el sindicalismo vertical como forma que copia, pero supera, la Carta di Lavoro o la Ley Fundamental del Trabajo alemana. En el primer caso, la superación se establece en la abolición de las organizaciones autónomas obreras; en el segundo, en una politización del sindicato que la burocracia nazi del DAF no consiguió, por lo menos en lo que se refería a la organización de *todos* los aspectos de la negociación laboral. Creo que hay otro factor en el que el profesor del Arco vuelve a ofuscar –y es solo mi apreciación– su actitud ante la relación entre los discursos y los hechos. Porque, literalmente, lo que se dice es que *en los discursos* –es decir, en lo que se plantea como propaganda, en lo que se “dice” desde arriba– tanto Alemania como Italia plantearon una posición sensible a las necesidades sociales de los sectores más humildes. Mientras que *también en los discursos* el franquismo se mantuvo en posiciones de carácter reaccionario, paternalista, diferenciador de vencedores y vencidos (p. 10). Las condiciones en que el régimen franquista llega al poder, tras una devastadora guerra civil y luego en una situación de aislamiento que provoca las condiciones de penuria que han destacado los estudios locales –entre ellos los del propio profesor del Arco, o los de Rodríguez Barreira–, no son equiparables a las del fascismo italiano. Pero sí lo son las condiciones de desprestigio que alcanza el régimen de Mussolini en las penalidades de la guerra, cuando las condiciones de dificultades de abastecimiento, de abuso de las autoridades en el reparto de los recursos o de sobreexplotación de la mano de obra, llegan a provocar un claro desapego del régimen e incluso una movilización considerable en las huelgas de Turín en la última fase de la guerra. Naturalmente, en las condiciones de escasez, la lógica de la victoria se aplica en un mayor grado de discriminación individual, de exclusión y marginación de los vencidos. En las condiciones de devastación de la guerra, los niveles de cohesión obtenidos en Italia serán destruidos, lo que explica buena parte del valor simbólico del 25 de julio de 1943, cuando se pretende que la verdadera Italia está mostrando una oposición de masas al régimen que parte del inicio del Ventennio, olvidando los niveles de consenso que se han manifestado en el apoyo masivo a aventuras militares más seguras y compensatorias en el discurso nacionalista, como la de Etiopía o la de España.

La reconstrucción de la cultura burguesa como cultura popular.

Nuestro oficio de historiadores, precisamente por nuestra aspiración a ser fieles a la realidad que deseamos reconstruir ha de buscar infatigablemente la coherencia entre los diversos niveles de una realidad, que nunca funcionan de forma autónoma, que nunca se explican a sí mismos. No se trata solo de que, en su vida cotidiana, en lo que puede ofrecernos el examen de la historia local, los individuos manejen el discurso realizado por los dirigentes políticos de acuerdo con una serie de filtros, resultado de las experiencias personales que se han tenido en las instancias de socialización en las que se ha formado la proyección colectiva

de cada persona. El proyecto de regeneración nacionalista, por ejemplo, no llegará del mismo modo a una familia de vencidos en la guerra civil que a otra de vencedores.

Ese nacionalismo, proyectivo y tradicional al mismo tiempo, en el que España se mitifica como espacio de seguridad, de unidad, de solidaridad, de entrega personal y de comunidad que debe resolver los problemas de la existencia de los compatriotas; ese nacionalismo que se expresa como discurso, pero también –y sobre todo– como definición de un espacio social concreto y no vaporosa lucubración intelectual, se encarna en situaciones muy diversas en el seno de los vencedores también. No afecta del mismo modo al excautivo que haya sufrido violencia que a quien se ha adherido a una situación de seguridad inmediatamente; no impacta de manera idéntica en quien ha construido una mitología en el frente y quien ha acudido a la guerra por un reclutamiento al que no se ha opuesto, estando de acuerdo con los vencedores, pero sin asumir de forma radical sus planteamientos y sin relacionarlos de un modo tan intenso con los factores trascendentales, transpersonales, que se aplican a la propia experiencia. En ninguno de los dos casos se trata de las ventajas que pueden obtenerse para la promoción social, sino de la lealtad a un proyecto en el que se han jugado la vida. Porque esa lealtad a los principios no se produce “arriba” o “abajo”: se da en todas partes, en los numerosos niveles –muchos más que dos– y en las innumerables situaciones locales, sectoriales, derivadas de mayor o menor formación, forjadas en una u otra experiencia en un momento de crisis que exigió una particular participación en el espacio público.

La atención a la historia concreta de los individuos se produce también al examinar la producción intelectual de la elite del régimen. De entrada, se produce examinando niveles de importancia distintos de los personajes, en una jerarquía de situaciones que corresponde a las voces con mayor influencia y a aquellas cuya menor difusión y relevancia nos permiten localizar la existencia de valores comunes. Una ideología no se fabrica en un espacio cerrado, ni se produce en torno a la primera línea de los intelectuales orgánicos, en este caso, del fascismo. Una ideología es el resultado de una pluralidad de incentivos, de experiencias vitales y de recursos intelectuales empleados para comprender las condiciones de una crisis, de una revolución y de una reconstrucción. Las palabras, el lenguaje, la ideología, responden a una lógica nacional del régimen, a un esfuerzo de cohesión de todas las experiencias que puedan darse en torno a unos valores compartidos, que permitan que un proyecto político se articule sobre algo más que sobre instancias administrativas o mecanismos de violencia política que siempre deben estar dotados de mecanismos legitimadores. El esfuerzo por construir un marco consistente de los valores que inspiran un orden político es indispensable. Pero es obvio que el juego es multipolar, es evidente que el discurso no solo encuentra receptores distintos, sino que también se emite en frecuencias varias. Estamos ante una elaboración que también realizan individuos concretos, personas con su experiencia propia, militantes del partido que han tenido una motivación distinta para ingresar en el bando nacional, o antes en Falange Española de las JONS, o quizás en otros proyectos de la derecha, o que han permanecido ajenos a la lucha política de partido hasta que se inició la guerra civil. Personas cuya inclusión en el fascismo se da en momentos distintos del proceso de fascistización, estableciendo una distinción más amplia que la que se limita a distinguir, en beneficio de la retórica, a los “camisas viejas” y a los incorporados al partido en etapas sucesivas.

No sucedía solamente en España: recordemos la mofa con que los combatientes nazis de los años centrales de los años veinte se referían a quienes ingresaron en el partido después de la victoria de septiembre de 1930 y, en especial, tras la de julio de 1932. Entre estos últimos se encontraban, por cierto, algunos de los cuadros fundamentales de la estructura del NSDAP durante el Tercer Reich, siendo la crisis nacional de comienzo de los treinta el claro equivalente de la guerra civil como proceso “fundacional”, pero en este caso sin que hubiera un elemento mítico de por medio, sino una experiencia social de radicalización política, de

integración en un movimiento nacional de un cúmulo de actitudes heterogéneas que buscaban un lugar común de representación e intervención políticas. Quienes construyen el discurso, incluso el discurso realizado en las instancias más altas del partido o del régimen, no son organismos inconscientes que fabrican con la indolencia de un simple reflejo la propaganda que corresponde a las necesidades de cada momento. Se trata de individuos de carne y hueso, de experiencias personales completas, a cuya peripecia personal también debe acudir, si no queremos equivocarnos prestando una cuidadosa atención a lo que ocurre en las actitudes populares o en las autoridades locales, mientras asestamos una apariencia mononuclear a la vida, no menos real, no menos diversa, no menos cargada de convicciones, de oportunismo, de voluntad de promoción, de necesidad de supervivencia y de deseos de lealtad a unos valores, que se encuentran no en una sola capa, sino en diversas instancias de una dirección política nacional. Y nos equivocaríamos si no atendiéramos a las actitudes de esta elite política, modificando su discurso y modificando también su percepción del modo en que no solo unos intereses personales, sino los valores generales en los que se cree, deben ser defendidos y perpetuados en situaciones inéditas. Claro está que ese mensaje se entiende y se reconstruye no solo “abajo”, sino en todos los espacios públicos: en eso consiste la complejidad de los espacios de sociabilidad precisamente; por ello angustia tanto la necesidad de movilizar pero “hasta cierto punto”, de excitar pero “sin dejar de controlar”, de inducir a las demostraciones públicas de adhesión a las celebraciones colectivas, a los rituales, a las conmemoraciones, a la salida a la calle en situaciones de crisis, a la participación en organismos destinados a reiterar las motivaciones iniciales de la revolución fascista.

Esa combinación de movilización y control de las masas es propia de todos los regímenes fascistas, no solamente del español. Y un elemento fundamental para que funcione es la existencia de unos valores presuntamente compartidos, una ideología, una versión política de la nación a la que la base social del fascismo se adhiere, más allá de los motivos concretos, de las circunstancias locales, de las experiencias personales en las que ello se produce. De no ser así, no estaríamos hablando de un proyecto político articulado. Los debates que se producen en el seno de la dirección del régimen, entre intelectuales de distinta tendencia en cualquier fascismo, son expresión de esa heterogeneidad existente en la base social del nuevo orden. Lo son, por ejemplo, en Alemania, cuando las trifulcas entre Rosenberg y Goebbels, por citar una sola de ellas, no son un mero conflicto entre dirigentes, sino expresión sutil de un conflicto real, de base, concreto, entre personas cuya adhesión a un mismo proyecto se ha realizado procediendo de los valores más reaccionarios de la pequeña burguesía alemana o por las expectativas revolucionarias de quienes quieren ver exhibido el discurso de la transformación, del futuro “socialista y nacional”. Quienes elaboran posiciones políticas enfrentadas, como cuando Ley se enfrenta a la burocracia del ministerio de Trabajo o del de Economía, lo hacen en representación de unos sectores sociales cuyo liderazgo se quiere ejercer, porque lo que caracteriza al fascismo es una inmensa capacidad de integración que, siendo una ventaja, acarrea también constantes conflictos por el cumplimiento de las expectativas diversas de la revolución nacional. Considerar que la lectura de esos conflictos y la comprensión de la dinámica social del fascismo deben entenderse sin atender a esa totalidad tan interdependiente es inadecuado. Como lo es creer que la ideología elaborada en las instancias de dirección del régimen no es también el esfuerzo por sintetizar experiencias sociales. Es una forma de querer entender “desde arriba” –desde el punto en que se sitúan los ojos y las percepciones del poder– lo que sucede “abajo”. Es intentar comprender de qué modo debe cohesionarse esa realidad plural con eficacia y, por tanto, cuál debe ser la relación orgánica del discurso realizado con las expectativas de la sociedad al que se dirige, entendiendo por sociedad el conjunto de los españoles, de los alemanes o de los italianos, no solamente los que se encuentran en los estratos más bajos de la sociedad.

La acumulación de trabajos podrá darnos una perspectiva adecuada de lo que fue una cultura política, como experiencia histórica de organización de valores, uso del espacio público, recursos de movilización, horizontes utópicos, lealtades al liderazgo, etc., siempre y cuando aspiremos, en cada instancia en la que trabajamos cada uno de nosotros, a tener en cuenta esa totalidad de la realidad en la que cada escenario cobra su sentido. Porque, a veces, la percepción que podían tener las personas de aquellos instantes –que es el material con el que trabajamos– puede ser de una extrema lucidez y siempre de un interés documental esencial, pero también debe ser enriquecida con una perspectiva de plazos más largos, de espacios más amplios, con los que esas personas no contaban de un modo directo. Es cierto que sus actitudes derivaban siempre de su propia experiencia personal. Pero en su experiencia personal se encontraba, también, la forma en que eran recibidas situaciones cuyas raíces se encontraban en otros lugares, que irrumpían en su pequeño escenario personal brotando de otras zonas de la realidad que ellos desconocían, e iban a realizarse completamente en un futuro que no podían prever.

Creo que, en esta distinción de perspectivas, existe una de las observaciones más refrescantes y con mayor capacidad de generar meditación que me ha ofrecido el profesor del Arco. Su exigencia de la atención a lo que está sucediendo en la escala más pequeña y más acotada localmente, su seguridad de que en esos espacios se detecta la sustancia de una cultura política y la realidad de una experiencia histórica mejor, son factores que invitan a plantearnos el trabajo de un modo que, con toda franqueza, considero que debe aplicarse al conjunto del objeto que estudiamos, que es el fascismo como experiencia, como cultura política en sociedades dadas, como propuesta de cohesión realizada a través de un proyecto en evolución.

En este sentido, quiero subrayar aquí la importancia de los elementos dinámicos, que se refieren a todos los aspectos y espacios concretos de ese proyecto. Como bien se indica en el texto del profesor del Arco, no solo se trata de examinar la guerra civil, sino las condiciones que llevaron a ella. Las cualidades que ofreció el fascismo para poder sintetizar en las propuestas nacionalsindicalistas las diversas percepciones y demandas de una derecha tan expuesta a divisiones como en los años 1931-1936 es un tema apasionante y decisivo, que muestra de qué forma el proceso de fascistización puede ser el modo de comprender mejor el éxito de una propuesta contrarrevolucionaria entre todas, o la identificación de la contrarrevolución con una de las propuestas existentes en el periodo previo a la guerra civil. Nos indica por qué motivos la forma de conquista del poder por el fascismo español *tuvo que* ser un conflicto armado... pero *pudo* ser un conflicto armado al mismo tiempo. Fue contingencia y oportunidad, que convirtió un golpe de estado fallido dirigido al establecimiento de un régimen autoritario corporativo, en una movilización de masas militarizadas, cuya plasmación había de encontrar los mejores recursos de consolidación del poder y de cohesión de la experiencia social en torno a un proyecto nacionalista en el fascismo. Eso solo podía producirse, naturalmente, por la complicidad profunda que ya existía antes de la guerra, una complicidad a la que se sumaba un implacable conflicto por ocupar espacios de representación, por llegar a poner las propias siglas en el registro de propiedad de la contrarrevolución. No solo las propias siglas, sino un conjunto de valores que no habían sido solo creados en el momento fundacional, sino que habían ido siendo matizados a lo largo del periodo de lucha, como sucedió en todos los fascismos.

En esa evolución se encuentra la forma en que la sutileza del discurso de los cuadros dirigentes del movimiento fascista pasa a ser asumido por la militancia, por los simpatizantes y por quienes irán integrándose en el movimiento. Como es obvio, no encontraremos una capacidad de elaboración idéntica en todos los niveles, pero tampoco podrá elaborarse un elitismo a la inversa, que hará de los sectores populares aquellos que definen mejor la

realidad, aquellos cuya existencia es *la* existencia social. Los mitos, creencias, aspiraciones, existen en todos los estratos, y los testimonios conservados del tipo de sociedad a la que aspiran los jóvenes militantes del NSDAP, las organizaciones locales del partido o quienes asisten a un discurso de cualquiera de sus dirigentes son elementos constitutivos de esa cultura política. En las memorias de Albert Krebs se recuerda el modo en que Hitler habló durante más de una hora al público convocado a un mitin en Hamburgo, en 1927, sin recibir un solo aplauso. Todo este tiempo necesitó el *Führer* para empezar a ganarse, modificando el tono, la temática e incluso el estilo de su discurso, a la concurrencia, que luego se rindió a sus palabras. Un *Führer*, por cierto, cuyo liderazgo contemplaban aún con recelo los cuadros locales del *Gau* –en contra del mito de un cesarismo fundacional–, para quienes la tradición asamblearia *völkisch* era más importante y cómoda que algo que vendría más tarde: la obediencia ciega a un líder fascista, cuando esto formó parte de la necesidad de cohesionar un movimiento que había crecido hasta extremos ingobernables, en una heterogeneidad que no permitía una organización democrática sin que se rompiera la unidad del partido, y que no deseaba mantener –como no se hizo en el fascismo italiano– la simple coordinación de liderazgos locales para crear un movimiento nacional.

Lo que nos indica este punto es algo que se refiere a la expansión temporal a la que hacía mención el profesor del Arco, y que puede comprenderse mejor atendiendo a las experiencias locales, a los cuadros medios, a la base social del fascismo antes de la toma del poder, para explicarnos en qué consistió verdaderamente esta capacidad de integración, y hasta qué punto tal capacidad consiguió crear un movimiento uniforme. Porque las diferencias y carácter complementario del “arriba” y el “abajo” en su virtud explicativa no se producen solamente en un tema concreto, como puede ser el del reclutamiento del personal político a escala local y provincial. Se produce, como lo ha estudiado el propio del Arco en su respuesta a los estudios del profesor Parejo sobre los orígenes sociales del falangismo andaluz, en el largo proceso de fascistización. Que existan motivaciones y diferencias tan claras en la Andalucía Oriental o en la Sierra de Sevilla es un dato muy interesante, que podría ofrecer, de no compartirse, una visión sesgada, en los dos casos, de lo que fue la base social y los motivos de militancia del primer falangismo. Cabe pensar que tales circunstancias discrepantes se producen en todas partes, de región a región, en las diferencias de edad –tan importantes en la movilización política del fascismo–, en los espacios donde la mitología castellanista podía ser crucial y permitir el paso del agrarismo católico al fascismo –como lo acaba de demostrar en su tesis doctoral de próxima lectura, sobre Onésimo Redondo, el también miembro del SIdIF Matteo Tomasoni– o en los lugares donde la reclamación de la españolidad se enfrentaba a nacionalismos alternativos, como sucedía en Cataluña o en el País Vasco. Pero también debe entenderse esa discrepancia examinando las diversas opciones políticas ya existentes, los espacios de adquisición de una conciencia pública nacional, a través de la militancia en las organizaciones de la derecha, en los centros culturales, colegios profesionales o revistas de opinión que circulaban con gran promiscuidad en estos ambientes contrarios a la II República y que alentaban la formación de un espacio que desbordaba el escueto espacio del primer partido fascista unificado en 1934.

Sin duda, ese análisis es igualmente inspirador cuando atendemos a dinámicas contemporáneas, y observamos los mecanismos de expansión del fascismo. Yendo a esas experiencias locales diversas y a la construcción de una percepción indispensable: que todas ellas formaban parte de una misma comunidad. Precisamente la resolución del conflicto provocado por la dispersión de vivencias individuales, y que podría llegar a neutralizar el potencial de la revolución nacional, se encuentra en el nacionalismo. Éste no es solamente proyecto político, sino vivencia personal, forma de sentirse miembro de un colectivo, integración tangible de las propias experiencias en una sola fe. Desde luego, la creencia se vive de formas distintas, con intensidades diferentes, con muy variables disposición a la entrega y

el sacrificio. Pero se vive en todas las circunstancias. Y esa variedad es lo que, lejos de ser un obstáculo, garantiza la viabilidad del proyecto, siempre y cuando se sostenga la tensión mítica de la unidad rescatada, porque el mito nacionalista, el mito palingenésico, tiene en la unidad su principal motivo. El examen de los resultados electorales barrio a barrio, el estudio de los orígenes sociales de la militancia en el NSDAP o en las SA, el análisis de las motivaciones para ingresar en el nacionalsocialismo en fases distintas de su desarrollo se han realizado con suficiente pulcritud y sutileza en los últimos treinta años. Disponemos de un material al que se van sumando las experiencias de vida cotidiana en el nazismo y en el proceso de captura del poder, que ha dado lugar a una riquísima historiografía, gracias a la cual podemos entender mucho mejor el carácter del régimen en su conjunto, sus ritmos conflictivos de asentamiento y la lógica sobre la que se sostuvieron las formas más radicales de exclusión, pero también los mecanismos más solventes de sensación de ser integrado en la sociedad. Por tanto, no estamos –o, desde luego, yo no estoy– trabajando sobre la base de un estudio de estrategias, sino sobre la formación de una cultura política. Como investigador, utilizo un determinado material al que debo limitarme por elemental prudencia. Como historiador, debo estar al corriente de las investigaciones que me proporcionan otros aspectos que van dando forma a la totalidad del proyecto fascista y lo convierten en conocimiento histórico. Por ejemplo, debo atender a los motivos que llevaron al voto a favor del NSDAP de siete millones de personas entre 1930 y 1932; pero comprender también por qué esa fe tan potente, tan segura, tan definitiva que a veces idealizamos en el nazismo, no evitó que dos millones de esos votantes abandonaran su apoyo al partido entre julio y noviembre de 1932, un porcentaje que llegó a ser de la mitad de los electores en bastiones tan importantes como Turingia. O debo considerar cuáles fueron los mecanismos de resistencia y conformidad de la clase obrera en la cuenca del Rhur, donde existía una fuerte tradición comunista y socialdemócrata, en comparación con las posibilidades de socialización fascista en segmentos del mundo laboral con tradiciones conservadoras. Estos ejemplos señalan la necesidad de establecer la relación de las experiencias de vida en común y lo que pasó a presentarse como la posibilidad de adquirir una inmensa experiencia colectiva, animada por una mitología de emancipación y reconstrucción nacional.

Con todo, hay que señalar algo que el profesor del Arco apunta con perspicacia y que podría ser mal entendido, posiblemente por una insistencia en lo que es menos habitual en la imagen que los hacemos del fascismo y, en especial, del fascismo al que otorgamos mayor capacidad de control social y voluntad de movilización permanente, el nazismo. El profesor del Arco indica que tampoco atribuyo a los regímenes fascistas el deseo o la posibilidad de una movilización permanente y un constante activismo político de sus poblaciones (p. 6). Creo que hay que matizar mucho esta cuestión y, con ella, poder atender a esa demanda de examinar la realidad concreta de base y a la cuestión de la prolongación en el tiempo del análisis del fascismo, antes y después de la toma del poder. Eso también servirá para responder ahora a esa objeción que me planteaba el profesor del Arco, acerca de mi indiferencia lógica ante el debate de la historiografía italiana sobre el “fascismo movimiento” y el “fascismo régimen”.

Creo que esta distinción ha quedado ya algo desacreditada, para establecer una evolución que se encuentra alejada de una visión que podría considerarse muy poco inocente: la existencia de un fascismo “puro” que solo a causa de los compromisos del poder llegaría a modificar sus planteamientos. Hace algunos años, en 2008, Cristina Baldassini estudió esa caracterización manipuladora del Ventennio, en su libro *L'ombra de Mussolini. L'Italia moderata e la memoria del fascismo (1945-1960)*, mostrando cómo podía presentarse una visión bondadosa de la dictadura, precisamente por haber abandonado los elementos “revolucionarios” o simplemente “radicales” del fascismo anterior a la Marcha sobre Roma. Por otro lado, sin embargo, pero atendiendo a una lógica muy similar, en los ambientes de reivindicación del fascismo “de izquierdas” se planteaba precisamente esa distinción, para

considerar que la República de Saló fue un esfuerzo por conectar con ese fascismo anterior a su integración en las instituciones tradicionales. Pino Rauti, el principal exponente del ala radical del Movimiento Social Italiano, llegó a publicar una serie de volúmenes de historia del fascismo dedicados, exclusivamente, a esa fase “auténtica” movimentista que, según él, era lo que debía recuperar el neofascismo italiano en el cruce de los años ochenta y noventa, con su atención a la sociedad civil, su repudio del institucionalismo, las reivindicaciones de base, la atención a temas ecológicos, el discurso de la transversalidad antisistémica, propiciado por la orfandad de la vieja militancia comunista, etc. Como ya observaba el profesor del Arco, la distinción me parece prescindible en lo fundamental: el fascismo evoluciona, desde su etapa fundacional hasta su llegada al poder, y sigue haciéndolo después, provocando cambios sustanciales en su proyecto político, sin que resulte de utilidad alguna la cesura propuesta. Que, por cierto, ha servido a todos los fascistas que en este mundo han sido, para elaborar distintas variables del mito de la “revolución pendiente”, aplazada por los compromisos de una necesaria integración del conjunto de los componentes de la contrarrevolución europea.

No creo haber planteado con tanta crudeza que el fascismo alemán o italiano careció de voluntad o posibilidad de movilización y de politización activa de las masas. Lo que sí he planteado son otras dos cosas. La primera, que el fascismo llegó a ser una organización de masas mediante la asunción de valores de la burguesía, además de mediante pactos explícitos con sectores tradicionales del mundo eclesiástico, económico, militar, e incluso dinástico, dependiendo en cada espacio nacional de las condiciones de su acceso al poder y de la influencia de estos sectores. La segunda es que el paso del movimiento *völkisch* radical de 1928, con su menos de un millón de votos y cien mil militantes, al partido fascista de masas de 1932 se basa, precisamente, en el giro que se produce en esa dirección. Un giro que es importante ver, en efecto, atendiendo a la totalidad del paisaje social: los enfrentamientos durísimos en la dirección del partido –cuyo desenlace será el baño de sangre del verano de 1934–; los conflictos entre autoridades locales y la dirección central, como tan bien explica el ya citado Krebs al comentar su expulsión del partido por el propio Hitler y la carta de dimisión en la que expone el abandono del socialismo y de la libertad de expresión por el NSDAP en 1932; la percepción que se tiene del movimiento nazi en espacios hasta los que no había conseguido llegar hasta entonces, no solo el gran capitalismo, que mantendrá con el nazismo una posición de voluntad de pacto permanente entre espacios autónomos, sino de una clase media organizada en sindicatos nacionalistas o cristianos, sectores de pequeños propietarios rurales protestantes radicalizados por la caída de los precios de los alimentos y que solo se integrarán en un movimiento que respete valores tradicionales; y la necesidad de reajustar el concepto de comunidad nacional y de toma del poder de acuerdo con esta nueva composición del NSDAP, que exigirá una inmensa flexibilidad en las posiciones doctrinales, cuyas contradicciones solo podrán salvarse mediante el mito de Hitler y la voluntad desesperada de salir de una situación de crisis devastadora.

No sostengo, pues, que el régimen movilice menos, sino que su cultura política evoluciona en un sentido que es, con una complejidad que nadie puede poner en duda, adaptación a los valores de la burguesía tradicional y, al mismo tiempo, congruencia con la crisis de estos valores en el seno de esta misma clase. El fascismo no se limita a adoptar unos valores burgueses en pleno rendimiento, sino que es capaz –y de aquí la suprema inteligencia y funcionalidad del proyecto– de afrontar una crisis general de confianza de la burguesía en su propia concepción del mundo, para ofrecer, precisamente, una contrarrevolución que supone la ruptura con el orden existente, cuyos valores han entrado en quiebra, ofreciendo un orden nuevo que reitera su propósito de regenerarlos, de actualizarlos, de darles un nuevo sentido.

La agresión a algunas de las instancias que suelen considerarse propias de la cultura burguesa –como la privacidad, frente al intervencionismo agresivo del fascismo– tiene que

matizarse, porque son ya legión los historiadores que han destruido la imagen de una ocupación del espacio público y una movilización general de la izquierda ante la pasividad de la burguesía en la Alemania de la República de Weimar. De hecho, una tradición nacional-populista que había movilizó a la extrema derecha alemana durante el *Kaiserreich* podía actuar como memoria sostenida, y Krebs vuelve a resultar de extrema utilidad al señalar que los integrantes de los primeros núcleos nazis del norte no son solo excombatientes de la Gran Guerra, sino también antiguos militantes de movimientos de masas nacionalistas antes de 1914. Pero, además, estos reductos de privacidad han sido destruidos por una práctica política nueva –que podemos ver ejemplificada también en la intensa movilización de la derecha populista en la II República española– y por la destrucción sistemática de todas las seguridades en las que se basaba una percepción del propio y eminente lugar de la clase media en la sociedad alemana. La crisis destrozó la capacidad de resistencia de los trabajadores, pero rompió la esperanza en que los valores de la burguesía, por sí solos, tal y como habían sido entendidos por el liberalismo, podían rescatar a la clase media alemana. Fue esa capacidad de incluir tal regeneración en el proyecto de una comunidad popular orgánica y jerarquizada, comprometida y justa, propietaria de un destino místico común que sustituía los sueños de progreso y de estabilidad de la burguesía, inoperantes en las condiciones de la crisis, lo que proporcionó al fascismo su victoria en el campo más disputado: el de la clase media. Como se ve, ello no implicó una simple moderación de posiciones –aunque así lo vieron los “socialistas” que se apartaron del NSDAP a partir de 1930 en sucesivas escisiones, porque no llegaron a entender que el fascismo no podía dirigirse exclusivamente a los trabajadores y, menos aún, a los trabajadores industriales de las grandes ciudades–, sino una adecuación a las condiciones de la crisis de la sociedad burguesa. No se trató de una mera manipulación, sino de una conversión en su sentido fuerte, algo que llevó a los cuadros del partido a vislumbrar de un modo más lúcido sus propias experiencias personales y locales, al hacer que la devastación de los espacios de vida pasaran a ser justificación de la revolución nacional y posibilidad de elaborar un discurso que no iba dirigido a unos cuantos sectores radicales y marginales –como hasta 1928–, sino que podía dirigirse a inmensas capas de la sociedad que habían pasado a ser excluidas de la comunidad nacional o que temían serlo razonablemente. Ahí se encuentra la coincidencia del fascismo con una época concreta, con unas condiciones de crisis que permitieron que un proyecto fundacional nacido de las trincheras de la Gran Guerra y de la revolución socialista y democrática, pasara a convertirse en una alternativa contrarrevolucionaria, rupturista, leal a los mitos de una nación en marcha, pero capaz ahora de hallar una base social en estado de disponibilidad, como producto de la quiebra de la sociedad burguesa y sus valores en la crisis de los años treinta.

Hagamos una matización fundamental, porque debemos apartarnos de una visión del fascismo que lo contemple solo como respuesta desesperada a una pérdida de identidad. Si esta era la posición de la historiografía –especialmente la alemana– en los años sesenta y setenta, relacionando el fascismo con la persistencia de formas de vida pre-industriales que no pueden soportar el choque de la modernidad, las investigaciones posteriores lo han planteado de un modo muy distinto. Primero, al señalar la necesidad de contemplar un factor de continuidad –la persistencia de formas tradicionales de producción y de culturas con una identidad que se arrastra desde el siglo XIX, conviviendo con la modernización y la aparición de una nueva clase media– y un factor de cambio. Este no se refiere solamente a la creación de nuevos sectores sociales con influencia en la burguesía, sino a la adquisición de nuevas formas de participación política fundamentalmente caracterizadas por la irrupción en los espacios públicos, una militancia más activa, un compromiso personal más intenso, etc. Como lo han demostrado las consideraciones de Eley y las investigaciones de Fritzsche a comienzos de los años ochenta, no estamos ante una clase desesperada –aunque no cabe descartar la angustia de la crisis–, sino ante un sector dotado de nuevos mecanismos de intervención social, que se

plantea con mayor optimismo del que podía pensarse antes una coherencia entre sus nuevas formas de acción y las condiciones políticas de la sociedad de los años veinte y treinta. Como lo indica Fritzsche en una afortunada expresión, no se trataba de examinar el “pathos”, sino de tener en cuenta la “praxis”, invirtiendo la perspectiva que sedujo a los historiadores del *Sonderweg*. Creo que esto es particularmente importante al considerarlo en comparación con España, porque esa nueva afirmación de la autonomía de la clase media y de su discurso populista en la II República establece una interesante relación entre el populismo católico y nacionalista y el fascismo, que debe ser contemplado en una mirada precisa al proceso de fascistización. La clase media española no actuó inserta en un enloquecido nihilismo, sino en una radicalización y mayor congruencia con la guerra civil de posiciones ideológicas y formas de movilización que se habían tenido ya en la etapa republicana. De este modo, la relación entre fascismo y modernización adquiere un perfil más complejo, y nos permite integrar el aparente conservadurismo o mero nacionalismo reaccionario del franquismo en una mutación que se produce en el conjunto de Europa en aquellos momentos o, por lo menos, en aquellas zonas de Europa en las que el fascismo llega al poder. De este modo, podemos encontrar una vía que creo muy interesante para establecer la continuidad del régimen de la guerra civil con la movilización del catolicismo nacionalista español en los espacios del populismo. Y ello hace más urgente la aparición de estudios que señalen, para poder comprender el fascismo de fines de los años treinta en España, los proyectos políticos diseminados de la derecha antirrepublicana desde 1931, e incluso desde periodos que podrían llevarnos a los albores de la crisis de la Restauración.

El profesor del Arco indica que tales mitos fueron operativos en las condiciones españolas de la crisis de la guerra civil, incluso a escala local, para poder proporcionar la necesaria energía, contundencia y sensación de participar en un proceso de regeneración. Algo que coincidía con las necesidades de alimento ideológico de los sectores conservadores españoles en los años de la guerra civil, porque también ellos habían asistido a la quiebra de los valores de la burguesía, a la sensación de grave riesgo para los elementos esenciales de su existencia –la amenaza del anticlericalismo, la impugnación de la autoridad, el desorden de la pérdida de posiciones tradicionales de prestigio social, la presencia de la revolución–, y también ellos estaban dispuestos a romper con los esquemas liberales, conservadores, parlamentarios, de pacto social, de cohesión a través de formas institucionales procedentes de la Restauración, cuando se llegó a la crisis de la primavera de 1936. En esa pérdida de confianza y en la construcción de una nueva esperanza de regeneración, se constituyó el fascismo español como movimiento de masas. La pérdida de movilización, el discutible fracaso de los mecanismos de socialización de masas, la poca politización... además de ser tema de debate en su nivel claro de corrupción y decadencia, en especial para fijar los ritmos concretos en que ello sucede, deben referirse a otras cuestiones. La más importante, la innegable hipertrofia de una sociedad en perpetuo estado de exaltación que se atribuye a los regímenes fascistas. No era esa precisamente la memoria que se tiene en los sectores conservadores italianos en los años que ha estudiado la citada Baldassini, no era esa la impresión que la memoria antifascista ha construido negando la existencia de consenso y de obtención de adhesiones del régimen, no era esa la forma en que la clase media italiana o alemana recuperó lo que verdaderamente buscaba: el retorno a una normalidad.

Salgo al paso inmediatamente de la objeción que puede plantearse: esa normalidad nunca fue volver atrás, nunca se basó en un mundo que había desaparecido en la crisis de los años treinta –y que, en buena medida, continuaría destrozado tras la segunda guerra mundial, como lo demuestra la insignificancia del liberalismo y del papel de la clase media organizada en esta cultura en las décadas de los cincuenta, los sesenta y los setenta en Francia, en Italia y en Alemania–. La normalización se refirió a la “solidez” de la estructura nacional recuperada, a la construcción de una impresión de continuidad, de consistencia del mundo pequeño,

concreto, espacio de supervivencia, de estudio, de trabajo, de organización de la familia, de los proyectos personales. Eso había dejado de existir en los años de la crisis y el fascismo lo reintrodujo en los años en que la crisis fue quedando atrás, presentándolo como el éxito del proyecto fascista o, en especial, del proyecto nacionalsocialista. El prestigio del régimen se estableció sobre la aparente contradicción entre el impulso hacia el futuro y la sobriedad de una clase media convertida en “pueblo”, en “comunidad nacional”, atenta a las directrices de una vanguardia política, pero deseosa de restablecer una mecánica existencial que dotara de serenidad a sus existencias. Lo insoportable eran los años de inseguridad previos, esos últimos años de destrucción de todas las instancias y todos los derechos a los que Hitler se refirió en su discurso fundamental tras las elecciones de marzo de 1933. La revolución nacional –decía el Führer–, no la revolución nacionalsocialista, era una restauración de los derechos del pueblo, una reconstrucción –*Wiederaufbau*– de la sociedad alemana, de la germanidad. Pero esa reconstrucción había de darse, para ser permanente y eficaz, rompiendo con cualquier posibilidad de una recaída. Y el sufrimiento social había sido tan intenso, que se aceptó que la normalización se realizara en un nuevo marco: las propuestas de organización laboral, el cierre de filas, el respeto a la autoridad, la aceptación de la violencia contra los excluidos, la resignación a la pérdida de formas de libertad que se consideraban ya caducas, la complicidad con los mecanismos de una policía que era, en realidad, el sistema inmunológico que garantizaba la salud del pueblo, la integración en rituales de sociabilidad, la participación en conmemoraciones que daban cuerpo visible al renacimiento nacional, e incluso una educación racista que establecía un grado elevado de confianza en la restaurada garantía de supervivencia de una clase media devenida, como se indicaba, pueblo.

Fascismo y posfascismo

En los años que siguieron a la guerra civil, no fue solo el discurso del régimen el que fue evolucionando hacia fórmulas que, como he escrito en otros lugares, singularizaban la experiencia nacionalista española, buscaban en la propia entraña del pasado los elementos de la regeneración nacional y los actualizaban de acuerdo con una hábil mezcla del respeto al episodio fundacional, místico y sangriento de la guerra civil, con la necesidad de ir adaptando las condiciones del estado de excepción de 1936 a una distinta excepcionalidad política española. A nadie le cabía duda, en la elaboración doctrinal del régimen, que la legitimidad se encontraba en un acto fundamental: el levantamiento de la nación armada que, frente a una autoridad ilegítima, había depositado el poder en manos del Caudillo. La guerra había sido la declaración del estado de excepción y, además de ello, por encima de las figuras jurídicas que el episodio pudiera crear, una gran experiencia de masas, distinta en su intensidad, en su costo, en su sufrimiento y en la vehemencia de la adhesión al bando insurrecto, pero experiencia de masas radical, siempre. Su lógica había de ser decisiva en todos los aspectos: en el discurso y en el reclutamiento del personal político, para señalar los dos ámbitos en que hemos realizado nuestros trabajos el profesor del Arco y yo. Pero, además de ese discurso y de esas fórmulas de promoción a escala local, lo que se encuentra es una necesaria normalización que nunca es, como no lo es en el resto de las experiencias fascistas, una vuelta atrás. De forma explícita, los intelectuales y propagandistas del régimen, fuera cual fuera su posición, su tendencia, su familia o su sensibilidad, fueron tajantes en este punto. A veces, incluso, los más tajantes eran los que se presentaban como más ajenos a la experiencia fascista, como lo demuestra la polémica de fines de los cuarenta entre Calvo Serer y Laín Entralgo. Pero siempre se señaló, y a veces con estas palabras, el repudio de toda “normalización”. Pero esto solo significa –o significa nada más y nada menos– que el régimen había de sostenerse, a medida que se distanciaba de la guerra y a medida que la crisis del fascismo europeo era más evidente, mediante un distanciamiento, sobre todo, de los elementos de identificación de un discurso

apegado al fascismo inicial. Por ejemplo, en lo que se refería a la militarización de la vida pública, no entendida como el poder del ejército, sino como la permanente actuación de la fuerza organizada de las milicias; por ejemplo, en una elaboración que destacara los factores de un nacionalismo rupturista, y considerando que los objetivos de movilización ya habían sido alcanzados en este tipo de planteamientos, necesitándose ahora “serenar los ánimos” y buscar en otros referentes ideológicos la propia esencia del 18 de julio. Ser fieles a los propósitos de la insurrección de 1936 implicaba también una evolución hacia la centralidad de un discurso católico que había estado presente en Falange desde su fundación, no como elemento accesorio, sino como afirmación de la base histórica del nacionalismo fascista español. Pero eso no implicaba la liquidación de los instrumentos de control social y de organización de la política que habían ido formulándose como despliegue de las normas programáticas del partido. La institucionalización del régimen se realizó de acuerdo con ellas en espacios fundamentales de la supervivencia del Estado, como el sindicalismo vertical o la representación política a través de la negación de una simple dictadura provisional y el establecimiento de una “democracia orgánica” en la que la discrecionalidad del poder iba siendo matizada por las garantías de las Leyes Fundamentales y la reglamentación de verdaderos esfuerzos de creación de un sistema de representación basado en las estructuras “naturales” de la sociedad.

Es innegable que se produjo un proceso de desmovilización, que suele ser la base material con la que se atribuye al régimen su búsqueda de un regreso a sus esencias originales, fuera de cualquier atención al contexto en que las cosas se producen. No me refiero ahora a aspectos que han sido comentados hasta la saciedad, en una evolución del régimen que parece desertar de sus propios principios fundacionales, dando pie a una mitología del exilio falangista, tan propia de su deprimente romanticismo y su tramposa “intemperie”. No me refiero a la quiebra de una promesa revolucionaria, sino al cumplimiento de la contrarrevolución en las condiciones propias de la Europa de los años en que el fascismo ha entrado en crisis como cultura representativa, capaz de aglutinar en torno a un proyecto general del continente a los sectores ganados en la crisis de los años treinta.

Lo que caracteriza el fin de la guerra mundial es la entrada en un ambiente social que nada tiene que ver, en lo que se refiere a la relación entre mundo privado y mundo público, entre espacios personales y procesos de socialización, entre el compromiso político y la militancia radical, con lo que han sido los años del periodo de entreguerras. Y es esta una perspectiva que debe adoptarse en todos los niveles de la sociedad que examinamos e integrando de nuevo a España en una realidad más amplia, en una contemporaneidad que es la de la era del posfascismo. Las formas de vida a las que se asiste tras la pavorosa destrucción de la segunda guerra mundial son otras. Se dispone de un mundo material distinto. Se atiende a la crisis de culturas políticas que es definitiva. No solo en lo que atañe al fascismo, sino en lo que atañe, si lo observamos bien, a otras propuestas radicales cuya expansión y cuya agonía se produjeron en el periodo de entreguerras. Algunas culturas desaparecieron completamente y otras se mantuvieron, pero con formas de expresión, estrategias e incluso percepción de sus objetivos y de su lugar en la sociedad muy distintos a los del periodo clausurado en 1945.

La desmovilización fue el producto de algo más que la derrota del fascismo, aunque esta fue crucial. Fue la llegada de un mundo que se modernizaba en muchos aspectos, destinados todos ellos a alterar hábitos de socialización. Formas de diversión, de entretenimiento, de consumo de masas, crearon una sociedad en la que la mitología del fascismo resultaba incongruente, incluso como forma de rescatar las inseguridades de la clase media mediante su conversión en un pueblo lanzado a una misión universal. Tras la guerra, y en especial en el proceso de rápida reconstrucción de Europa, lo que se produjo fue la reversión de aquella cultura comunitarista y el retorno a los valores de la individualización, de la privacidad, de la

vida pequeña, del orden, de la propiedad, de la libertad de la familia, de la protección frente a las interferencias del Estado, de la esperanza renovada en procesos de una existencia basada en la moderación y garantizada por una clara percepción de seguridad. Los mitos que movilizaron a estas sociedades fueron distintos y, desde luego, tuvieron mucho más que ver, hasta la llegada de la fractura posmoderna, con la recuperación de aquellos valores que pasaban a considerarse nuevamente viables, y asentados ahora en el sistema inmunitario desatado por una experiencia aterradora. La paz y el progreso, el desarrollo y el consumo, la mejora individual y la seguridad en el trabajo, la relación más sosegada con el espacio público, o la dedicación de este a formas de socialización apolíticas, la creación de medios de comunicación que permitían crear una sociedad de espectadores, a la que los mensajes dominantes podían llegar con facilidad, mediante el cine o la televisión, crearon una forma distinta de sentirse parte de la sociedad.

En España, la experiencia de la guerra pudo vivirse, al mismo tiempo, como horror y como victoria de las fuerzas del bien que, no podía dudarse, habían ofrecido la paz, a un duro precio cuyo recuerdo iba quedando ablandado con el paso de las generaciones. La publicación, el éxito y el premio nacional de literatura otorgado a un libro emblemático, como *Los cipreses creen en Dios*, de Gironella, en 1953, podían presentar la necesidad de una relación cómoda con la guerra también para los vencedores, que fueron los más ávidos lectores de ese ejercicio de narrativa compasiva, en la que los “rojos” aparecían por vez primera como personas con su vida, con sus razones, con sus ideas. El 18 de julio siempre fue celebrado –no el 1 de abril–, como fecha inicial de la regeneración de España. El Alzamiento venerado siempre fue acompañado del culto a la Victoria, que nunca, ni siquiera en el final del régimen, dejó de ser considerado episodio legitimador, advertencia a los discrepantes –recordemos el discurso de Fernández-Miranda tras la muerte de Carrero Blanco– y factor de cohesión entre las ya varias generaciones de vencedores. Pero lo que se consolidó en España desde el final de la segunda guerra mundial y, en especial, en los años cincuenta, fue una adhesión al régimen basada en valores de la burguesía que, como en toda Europa, podían reeditarse, y que en España se acogían a la seguridad proporcionada por el régimen. Ni el orden, ni el trabajo, ni la propiedad, ni los valores morales de la familia cristiana, podían separarse del sentido de la justicia social, del nacionalismo español, del anticomunismo radical, de la mitología caudillista y de la negación de toda forma de liberalismo cultural o político, que el fascismo había colocado en la entraña del régimen.

En esa larga posguerra, lo que había sido la base social del fascismo en toda Europa había de realizar una transición cultural tras haber sido socializada como pueblo uniforme, como nación mesiánica. El discurso había penetrado de forma desigual, pero había sido congruente con las condiciones de una crisis de civilización, sin la que el fascismo no se comprende, pero sin el que tampoco se entiende la cultura revolucionaria, el estilo político militante, la crispación y el sectarismo, la intensidad y la certeza de las utopías que fueron tan abundantes como resultados y acelerados de esa crisis. Como indicaba unas páginas atrás, los exámenes de esa transición cultural no nos explican solo lo que fue la Europa de la posguerra, sino que nos pueden mostrar cuál era la sustancia del fascismo. Cómo pudo brotar una cultura política que, vencida en una guerra, pasó a desaparecer de los espacios públicos legítimos, pero que no pudo morir y ser sepultada más allá de los olvidos administrativos. Demasiada gente había creído en el fascismo, para demasiada gente había sido una solución a los problemas de una identidad social saqueada. Y, por tanto, esa transición debía dotarse de una congruencia igualmente radical con el cambio de circunstancias materiales. En ese juego de permanencias y de superación se encuentra, sin duda, un elemento fundamental, rico y estimulante para poder llevar nuestra reflexión sobre el fascismo a un plazo más largo, en el que no solo su función social, sino su propia ideología, cobren su pleno sentido.

Para terminar

Hay otros aspectos en los que creo que la discusión encendería ya las alarmas de la paciencia del lector, especial porque creo que las posiciones respectivas están claras: por un lado, la relación entre Partido y Estado, que nunca ha permitido señalar en la subordinación de Falange a la autoridad de Franco o del Gobierno un elemento que permita establecer una diferencia radical entre España y otras experiencias fascistas. Por otro, la referencia a utilizar, por mi parte, una historiografía europea de una “determinada interpretación”. Creo que, en esto, el profesor del Arco no es justo: si no me equivoco, he utilizado a autores que tienen posiciones sobre el fascismo muy distintas a las mías –Sternhell o Kershaw, que recuerde ahora mismo–, y casi todos los citados, en caso de preocuparse lo más mínimo por España, creo que estarían más en la posición que defiende el profesor del Arco que en la mía. En relación con este mismo tema, debo desmentir honestamente una cuestión que plantea el profesor del Arco: no he bebido de la obra de Paxton, con quien tengo claras discrepancias. De hecho, y quizás es un tema generacional, el Paxton que me interesa es el que escribió sus libros sobre Vichy y sobre los camisas verdes de Dorgères, que creo que es el que realmente influyó a quienes nacimos recién empezada la segunda mitad del siglo. Por último, el profesor del Arco me reprocha, con razón, algo que he expresado con indudable torpeza. Me señala que no puedo decir que la calificación del régimen como “parafascista” o no fascista, simplemente, se produce de forma axiomática: para ello, enumera un listado de historiadores cuya obra conozco lo suficiente para tomármelos muy en serio. Pero debo hacer notar algo que también es de justicia: ninguna de estas personas, al plantearse la calificación del régimen, ha citado mi posición y la de otros colegas muy cercanos que piensan como yo. Eso no supone, desde luego, que sus afirmaciones sean axiomáticas. Se limitan a ser selectivas de un modo que me parece poco riguroso, porque no se plantean la discusión, sino la exclusión de posiciones en un tema en el que adoptan una postura definida existiendo otras a las que ni siquiera se refieren.

Como era de esperar, el profesor del Arco no ha entrado en otras cuestiones, especialmente porque muchas de ellas no iban dirigidas de forma precisa a un aspecto de su texto, como ya indicaba como severa advertencia en mi comentario inicial, sino que se planteaban al margen de lo que en él se planteaba. Hay otros temas en los que tampoco voy a entrar, para no provocar ya no el desaliento, sino la desesperación de los lectores, empezando por el propio profesor del Arco, que sabrá disculpar que una réplica como la suya haya vuelto a dar lugar a una reflexión que desborda sus objeciones. Como suele decirse en los prólogos, las virtudes que haya podido tener mi contribución se encuentran en sus sugerencias, y los defectos habrán de atribuirse a mi interpretación.

Sant Just Desvern (Barcelona), 5-8 de agosto de 1014.

